

SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

LA GUERRA EN UCRANIA,
MÁS ALLÁ DE LA PROPAGANDA



*SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO
LISTA DE CONTRIBUCIONES*

Reventando el polvorín ucraniano <i>Rafael Poch</i>	s5
Por qué occidente es responsable de la crisis ucraniana <i>John Mearshimer</i>	s26
Rusia-Ucrania: los medios de comunicación occidentales actúan como animadores de la guerra <i>Jonathan Cook</i>	s30
La mentira de la inocencia estadounidense <i>Chris Hedges</i>	s39
La censura al papa Francisco es un hecho político <i>Marco Politi</i>	s45
El conflicto ucraniano entre sanciones y guerra <i>Hélène Richard y Anne-Cécile Robert</i>	s48
El gran error de Estados Unidos es creer que la OTAN derrotará a Rusia <i>Entrevista de Federico Fubini a Jeffrey Sachs</i>	s58
La guerra en Ucrania se está complicando y Estados Unidos no está listo <i>Comité editorial NYT</i>	s66

REVENTANDO EL POLVORÍN UCRANIANO*

Rafael Poch^a

PUEBLOS HERMANOS

Se dice que rusos y ucranianos son “pueblos hermanos”, y es verdad. Siglos de vida en común, dos lenguas bien parecidas y una geografía sin obstáculos físicos, de llanuras surcadas por ríos mansos, que complica y difumina todo concepto de frontera. Al mismo tiempo, el parentesco fraternal no es incompatible con fuertes diferencias de carácter. Cuando una abuela dice sobre sus nietos, “¡*Qué diferentes son, parece mentira que sean hermanos!*” está formulando un tópico familiar de los más recurrentes. Veamos algunas de esas diferencias.

Como tantos otros países, Ucrania contiene una considerable diversidad regional entre el Oeste y el Este. Simplificando: cuanto más hacia Rusia, más ruso se habla, mayor influencia del cristianismo oriental adscrito al Patriarcado (ortodoxo) de Moscú y menos perceptible se hacen las diferencias fraternales. Cuanto más al Oeste más fuerte es la identidad nacional ucraniana, el carácter mixto (oriental-occidental) del cristianismo, etc., etc.

A lo largo de su historia, Ucrania vivió varios procesos de integración, bien en la órbita rusa, bien en la polaca. Al colisionar con el poder superior ruso, el nacionalismo burgués ucraniano se vio condenado a colocarse bajo patronazgo extranjero. En el siglo XX sus efímeros gobiernos se afirmaron bajo la protección militar alemana (el del atamán Skoropadski) o polaca (Petliura). El nacionalismo popular ucraniano fue más anti polaco y antijudío que anti ruso. Políticamente fue frecuentemente socialista o social-revolucionario y al final, en un contexto de grandes convulsiones como los de la guerra civil rusa, tuvo que decantarse entre blancos y rojos en beneficio de los segundos.

El espacio ucraniano ha sido frecuente campo de batalla. En el siglo XVII conoció la revuelta de Bogdan Jmenitski contra la unión

* Recepción: 12-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Poch, R. (2022). Reventando el polvorín ucraniano. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s5-s18. Tomado del blog del autor, [<https://rafaelpoch.com/2022/02/02/reventando-el-polvorin-ucraniano/>]. Este artículo sigue las notas del curso impartido en noviembre de 2014 en el seminario para profesorado de Historia de IES. Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

^a Historiador, Universidades de Barcelona y Libre de Berlín. Trabajó como corresponsal de *La Vanguardia* en Moscú, Pekín y Berlín, y es autor de libros sobre Rusia, China y Alemania.

polaco-lituana, en el XVIII el zar Pedro I se impuso a los suecos en Poltava, y en el siglo XX fue uno de los principales escenarios bélicos tanto de la guerra civil rusa como de la Segunda Guerra Mundial.

El periodo 1917-1922 contiene en Ucrania un sinfín de conflictos. Parte de los nacionalistas ucranianos lucharon junto con los alemanes y austro-húngaros, y otra parte contra ellos. La población ucraniana pro rusa se dividió en su lucha a favor de una Rusia unida, unos con los rojos y otros con los blancos. Otras fuerzas, como la del ejército campesino de Néstor Majnó, con un gran componente social libertario y nacional ucraniano, lucharon tanto contra los rojos como contra los blancos.

Para comprender el actual mapa de Ucrania es ineludible hablar de tres regiones. En primer lugar, Galitzia, zona occidental de claro dominio de la lengua ucraniana, con influencia católica mestiza (greco-católicos o “uniatas”), que en su mayoría nunca formó parte del resto de Ucrania ni estuvo sometida a Rusia hasta Stalin en los años cuarenta, después de dos siglos de sometimiento a regímenes polacos o austro-húngaros opresivos. De Galitzia partió en el siglo XIX el más fuerte impulso nacionalista. Ya en la época postsoviética desde allí se ha irradiado hacia el resto del país la ideología nacionalista más fuerte, con su particular narrativa histórica sobre la URSS: la revolución bolchevique como asunto “ruso” o “judío” (ignorando la larga lista de ucranianos presente en la dirección bolchevique), la mortífera hambruna de los años treinta con varios millones de muertos como “genocidio comunista-ruso contra el pueblo ucraniano” (ignorando que la misma hambruna de esos años devastó igualmente zonas rusas en el Don, Kubán, Volga, etc. y otras repúblicas como Kazajstán), todo ello aspectos de la nueva historia adecuada a la nueva estatalidad adquirida en 1991 que debía enmendar la historia oficial soviética, igualmente repleta de omisiones y manipulaciones.

Desde sus orígenes a principios de siglo XX, las organizaciones armadas del nacionalismo ucraniano en Galitzia (que entonces actuaban contra el dominio polaco) estuvieron financiadas y teledirigidas por el Abwehr, el espionaje alemán. Durante la Segunda Guerra Mundial los invasores alemanes fueron recibidos como libertadores por muchos ucranianos occidentales que habían sufrido la cruda represión estalinista y las hambrunas. Una vez más, la invasión hitleriana dividió a los ucranianos en dos bandos; el mayoritario que luchó con el ejército soviético contra el fascismo, y el minoritario de nacionalistas de Ucrania Occidental que fue utilizado por los nazis como fuerza de choque, creó una división SS específica y actuó frecuentemente

de una forma aún más cruel que sus amos contra judíos y comunistas en los campos de exterminio, empuñando la bandera de la liberación nacional ucraniana.

Hay que decir que los ucranianos occidentales no fueron los únicos “colaboracionistas”: también los rusos del ejército de Vlasov, tártaros, chechenos, cosacos, etc. tuvieron representantes en el ejército alemán.

A los colaboracionistas de Ucrania Occidental, cuya relación con los nazis no fue fluida e incluyó episodios de enfrentamientos armados, se les conoce como “banderovski” por el nombre de su principal líder, Stepan Bandera. Con la victoria soviética y la incorporación definitiva de Galitzia a la URSS en 1945, los “banderovski” mantuvieron una guerrilla muy brava contra el NKVD de Stalin, recibiendo apoyo de la CIA en armas y lanzamiento de paracaidistas. Su cuartel general en Europa estaba en Múnich, donde Bandera fue eliminado por un agente de Stalin en 1959...

Esta corriente, con la que en la época de la Perestroika solo se identificaba un sector minoritario del nacionalismo ucraniano, es reconocida hoy por un sector mucho más amplio como símbolo de la liberación nacional, o por lo menos como inspiradora de su principal ideología y narrativa nacionalista. La revuelta de Maidán del invierno de 2014 y el golpe de Estado prooccidental en que desembocó, instalaron ese nacionalismo exclusivista del Oeste de Ucrania en el centro del Estado.

En el sur y el Este de Ucrania, la llamada Novorossia, siempre se rechazó con toda claridad cualquier glorificación de los fascistas “banderovski”. Se trata de un arco que va desde Járkov, en el norte, hasta la región de Odesa en el suroeste, mayoritariamente ruso parlante y con gran población que se define como “rusa”. Ese arco no formó parte de Ucrania hasta la guerra civil de los años veinte (era la parte más industrial y a los bolcheviques les interesaba tener una base obrera en el gran universo campesino que era Ucrania), conserva una fuerte memoria soviética de la Segunda Guerra Mundial, y, al mismo tiempo, desde la nueva independencia de 1991 tendía hacia una cierta lenta ucranización o, por lo menos, a acentuar sus diferencias sutiles y difusas con Rusia. A grandes rasgos, Novorossia (la “Rusia nueva”) fue objeto de la reconquista imperial rusa en los siglos XVII y XVIII.

Mención especial merece la península de Crimea, tierra ancestral rusa, poblada por rusos y ruso parlante en un 80%, por donde llegó el primer cristianismo a la Rus de Kiev (¿el primer estado ruso fue ucraniano, o es que el primer estado ucraniano se llamaba Rusia?, eh aquí un interesante objeto de disputa entre besugos), reconquistada



Geografía de las protestas contra el Maidán en el Este de Ucrania, febrero/marzo de 2014

por Catalina II a los tártaros del janato de Crimea, el último vestigio de la Horda de Oro heredero del imperio de Chingiz Jan, que para entonces era un satélite del Imperio Otomano. Crimea fue escenario de glorias militares rusas y soviéticas, tanto durante la guerra de Crimea del XIX (todos contra Rusia) como durante la Segunda Guerra Mundial, con heroicas batallas en Sebastopol, Kerch y Odesa. La caprichosa entrega de Crimea a Ucrania por Jruschov en 1954, desgajándola de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) en una época en la que las diferencias entre repúblicas eran completamente irrelevantes, tuvo un carácter simbólico. A partir de la disolución de la URSS eso se convirtió en un problema.

Otra diferencia entre rusos y ucranianos tiene que ver con su tradición política, con las formas, símbolos y héroes en los que unos y otros se sienten identificados. Aquí el contraste entre los hermanos es importante. Ucrania fue un país situado geográficamente en el límite y la confluencia de grandes imperios (turcos, polacos, rusos). Su propio nombre, “U-kraine”, significa algo así como “junto al límite”, “en la frontera”, un espacio al que la autoridad imperial de unos y otros, y sus relaciones de servidumbre, apenas llegan o se perciben como algo lejano y difuminado. Esa posición determinó cierta holgura y

libertad, un “arréglatelas tú mismo como puedas y sin gobierno” que asociamos al espíritu de frontera del “Far West”.

Los héroes de esa tradición política son líderes cosacos “libres” que luchan; ahora contra los turcos, ahora contra los polacos o contra los rusos, absorbiendo rasgos de unos y otros (Maidán –plaza– es una palabra turca). Todo eso es muy diferente de la tradición rusa, que es una galería llena de cuadros de grandes zares y caudillos absolutistas tanto más grandes cuanto más Estado e Imperio construyen.

Esa diferencia ha influido en la diferente evolución que ha tenido la formación de los estados postcomunistas pese a su común régimen oligárquico.

Mientras en Rusia tras una época turbulenta se recuperó la “vertical de poder” con su vector tradicional autocrático con considerable facilidad (eso es lo que representa Putin), en Ucrania el Estado ha sido mucho más débil. Eso ha hecho que la sociedad haya sido mucho más suelta, incontrolada e independiente hacia el poder que en Rusia, lo que ha tenido ciertas ventajas para la autonomía social y también serios inconvenientes para estabilizar un gobierno efectivo independiente de intereses externos...

Dicho todo esto y situados ya un poco ante el mapa, hay que decir que por más que esas semejanzas y diferencias sean importantes para comprender el universo ruso-ucraniano y para entender la diversidad interna de Ucrania, apenas aportan una explicación concreta a lo que tenemos hoy encima de la mesa: una verdadera fractura que explota en una guerra civil. ¿Cómo ha podido podrirse tanto la situación para que los hermanos se tiroteen y bombardeen?

Para comprender eso, no hay más remedio que fijarse en los regímenes políticos –igualmente emparentados– de Rusia y Ucrania.

PRIVATIZACIÓN Y REGÍMENES

En los años noventa, Rusia y Ucrania sufrieron el mismo proceso de saqueo de su economía, sus recursos, su patrimonio material nacional, a manos del mismo estrato administrativo-burocrático-oligárquico del antiguo régimen comunista, la *Estadocracia* (según el término del profesor Marat Cheskov). Eso que se conoce como “privatización” dio lugar al mismo tipo de sistema de capitalismo oligárquico. La diferencia con Rusia ha sido “el factor Putin”.

Si en Rusia con el cambio de siglo acabó emergiendo un poder político que restableció la vertical de poder y sometió a los magnates de la privatización a unas reglas de juego en las que era obligatorio

reconocer la primacía del Estado, en Ucrania eso no ocurrió. Después de los años noventa, la política ucraniana continuó siendo la lucha entre, fundamentalmente, dos grupos de magnates. Unos vinculados industrialmente a Rusia y por tanto que tendían geopolíticamente hacia ella, y otros mucho más en la órbita occidental.

Esos grupos apenas se diferenciaban internamente en su programa socioeconómico, maltrataban exactamente igual la aparición de cualquier manifestación social o de izquierda, y mantenían una cruda lucha subterránea por el poder. Ambos grupos se disputaron ese poder y alternaron en él, con incidentes, pero sin llegar a un enfrentamiento abierto y militar como el de octubre de 1993 en Moscú.

Cada uno de los dos bandos de este sistema clánico-oligárquico con fuertes anclajes en la descrita diversidad regional ucraniana, era demasiado débil para imponerse definitivamente a sus adversarios. Esa debilidad hizo que cada uno de ellos aumentara la conexión y dependencia clientelista hacia el elemento geopolítico exterior. Los intereses de los grandes vecinos se mezclaron cada vez más en una amalgama, junto con los intereses económicos, industriales e ideológicos, “orientales” u “occidentales” de cada bando. Sobre esa lógica de poder actuaron tanto subvenciones rusas al suministro de gas, como la compra y financiación de ONG, medios de comunicación e instituciones con los 5000 millones de dólares reconocidos por la señora Victoria Nuland, vicesecretaria de Estado norteamericana, o por su vector correspondiente alemán, polaco y europeo en general.

Diferencia fundamental entre esos dos vectores externos era que si Moscú era desde el principio consciente de la diversidad interna de Ucrania y de la imposibilidad de imponer por completo sus intereses allá sin romper el país, en Washington, Bruselas y Berlín se buscaba, cada vez más, una victoria total y definitiva, ignorando los peligros de una fractura.

Ese sentido común acerca de la necesidad de cierto equilibrio interno había regido la política ucraniana de los dos bandos oligárquicos enfrentados desde 1991 hasta 2014. Siempre que uno u otro bando llegaba al poder en Kiev, ambos gobernando sobre el mismo fondo de corrupción y parasitismo (muy superior al de Rusia), había conciencia de que el país sería ingobernable y se rompería si se ignoraban por completo los intereses del otro. La propia población, socialmente muy descontenta con el poder tanto en el Este como en el Oeste del país, dependía de la apertura y el acceso a los grandes vecinos orientales y occidentales. De los 45 millones de ucranianos, unos seis millones respondieron a la pobreza emigrando a trabajar

en el extranjero, unos 3 millones hacia Rusia (ucranianos de Novorossia) y otros tres hacia Polonia y la Unión Europea, mayormente ucranianos occidentales.

LA REVUELTA DEL MAIDÁN Y SU SECUESTRO

En este contexto de debilidad del poder ucraniano que acentúa el recurso de los dos grupos oligárquicos enfrentados a padrinazgos geopolíticos exteriores, apareció la provocativa y desestabilizadora oferta de la Unión Europea de un acuerdo de “Asociación oriental” con Ucrania. Hay que decir que a diferencia de la Unión Aduanera propuesta por Moscú, esa oferta europea se planteó desde el principio como excluyente, no compatible y no negociable con cualquier interés ucraniano vinculado a Rusia. Dada la permeabilidad existente entre los mercados ruso y ucraniano, abrir el segundo a la UE significaba perjudicar directamente la economía rusa. En materia de seguridad, la Unión Europea dejaba claro en aquel tratado que Ucrania debía ponerse en sintonía con “Europa” en su política exterior y de seguridad, fundamentalmente adversa a la de Moscú.

Mientras Moscú y Kiev pedían a la Unión Europea una negociación a tres bandas para solucionar el entuerto, la canciller Merkel se negó rotundamente a admitir a Rusia en cualquier negociación con Ucrania. Eso hizo que la jugada de la adhesión a “Europa” se convirtiera en una bomba desestabilizadora que transformaba equilibrios y diferencias, territoriales y de intereses, hasta ahora gobernables en una verdadera fractura.

Esa circunstancia, unida a las improvisadas contraofertas y fuertes presiones de Moscú, alimentó las más que razonables vacilaciones del presidente Viktor Yanukovich. El no de Yanukovich al tratado con la UE hizo estallar el descontento social contra la corrupción, la oligarquía, contra el gobierno inefectivo, opaco y socialmente injusto, aspectos que el polo popular occidentalista ucraniano asocia con el modelo ruso.

El primer Maidán fue un movimiento surgido de un impulso genuinamente popular que expresaba elementales deseos de regeneración democrática, civil y nacional. Pero a diferencia de, digamos, el 15-M, tenía detrás a uno de los dos bandos oligárquicos y a los socios exteriores americanos y europeos (particularmente polacos y alemanes), con apoyo de medios de comunicación locales e internacionales, por lo que desde el principio estaba bien cargado de ambigüedad social y geopolítica.

El gobierno de Yanukovich respondió a ese desafío con gran inseguridad, represión y juego sucio: movilizando bandas de lumpen que apalazaban a activistas, etc., lo que aún indignó más a la gente.

Por sí solo, el sujeto que formaba la infantería de este Maidán (la *intelligentsia* creativa, los grandes y pequeños hombres de negocios del sector servicios, estudiantes, profesiones liberales y funcionarios apoyados por los clanes oligárquicos “alternativos”), no era capaz de tomar el poder y tumbar al desprestigiado régimen; por otra parte, elegido y totalmente legítimo desde el punto de vista formal. Para derribarlo se necesitaba una fuerza de choque, disciplinada, y dispuesta a jugarse el físico. Una caballería pesada. Esa fuerza fue la extrema derecha armada con la ideología nacionalista de tradición “banderovski”, apoyada por los oligarcas y los padrinos geopolíticos occidentales. Si la trama subterránea de complicidades, financiación, asesoramientos y adiestramiento de servicios secretos occidentales (americanos, polacos y alemanes) apenas ha trascendido, cuarenta políticos occidentales de primera fila, entre ellos primeras figuras de Estados Unidos y los ministros de exteriores de Alemania, Polonia, países bálticos, etc. pasaron por la plaza de Kiev repartiendo solidaridades y pastelitos. Fue ese segundo Maidán el que ejecutó el cambio de régimen en las jornadas de febrero en un contexto de batallas campales con incendio y toma de sedes ministeriales en medio de una masacre indiscriminada de manifestantes y policías (en total un centenar, además de más de una decena de policías) a cargo de tiradores de precisión el 20 de febrero, lo que precipitó la caída del gobierno y la huida del presidente.

El estudio académico más convincente sobre aquella masacre, obra del profesor Ivan Katchanovski, de la School of Political Studies de la Universidad de Ottawa concluyó lo siguiente:

La evidencia indica que una alianza de elementos de la oposición de Maidán y la extrema derecha estuvo involucrada en el asesinato en masa tanto de los manifestantes como de la policía, mientras que la participación de las unidades especiales de la policía en los asesinatos de algunos de los manifestantes no se puede descartar por completo en base a la evidencia disponible. El nuevo gobierno que llegó al poder en gran parte como resultado de la masacre falsificó su investigación, mientras que los medios de comunicación ucranianos contribuyeron a tergiversar la matanza masiva de manifestantes y policías. La evidencia indica que la extrema derecha desempeñó un papel clave en el derrocamiento violento del gobierno en Ucrania.

A la misma conclusión llega Richard Sakwa, de la Universidad de Kent, autor del mejor libro sobre el Maidán publicado hasta la fecha (*Frontline Ukraine*).

En febrero de 2014, estuve metido de lleno en la crónica periodística del Maidán en Kiev y escribí lo siguiente:

Hasta el más iluso activista de cualquier movimiento social europeo comprende ahora el misterio de lo que se está viendo estos días en Kiev: si la causa es “justa”, se puede ocupar más de media docena de edificios y sedes ministeriales en el centro de la capital, varias sedes regionales del gobierno, organizar escuadras paramilitares, presentar una fuerte resistencia física ante los antidisturbios, matar agentes y ganarse el aplauso de la Unión Europea. Las batallas campales son aquí “valientes y pacíficas manifestaciones”. Las autoridades, y no los ciudadanos, “deben renunciar a la violencia” y derogar “las leyes que limitan las libertades y derechos” y sus reivindicaciones deben ser escuchadas, *Merkel et Bruselam dixit*. ¿Comienza una nueva época? ¿Veremos a políticos rusos, bielorrusos y ucranianos llamando a la huelga general en Atenas, coreando el “no nos representan” en la Puerta del Sol o aplaudiendo a quienes lanzan botellas incendiarias a la policía en el Occupy Frankfurt?”

Obviamente si todo aquello hubiera ocurrido con los vectores y escenarios invertidos –un gobierno favorable a los intereses occidentales, en México o Canadá, con políticos rusos, chinos y venezolanos de primera fila repartiendo pastelitos entre los manifestantes– no se habría celebrado como progreso democrático, sino como escandaloso y sangriento golpe de estado, terrorismo y demás...

El cambio de régimen en Kiev precipitó la revuelta del Este de Ucrania con padrino ruso. Primero en Crimea, donde la declaración de soberanía y el posterior ingreso del territorio en Rusia, fue fácil por el amplio apoyo de la población y la presencia de la flota rusa, y luego en todo el arco de Novorossia. Todas esas regiones, temerosas de las primeras disposiciones de un gobierno con participación de “banderovski” en materia de lengua, etc., y ante la evidencia de que sus derechos e intereses iban a ser atropellados, pidieron federalismo en pequeños *antimaidanes* prorrusos, sin el menor apoyo de oligarcas locales (todos se pasaron a Kiev), que expresaban el mismo genuino descontento social y temor popular que el de Kiev desde un vector identitario y geopolítico distinto. En Odesa, ciudad rusófila y rusoparlante, presencié aquel febrero manifestaciones de decenas de miles de ciudadanos contra el nuevo gobierno de Kiev salido del Maidán y contra el nacionalismo ucraniano antirruso. Aquella protesta se aplastó con otra masacre, la de la Casa de los Sindicatos del 2 de mayo a cargo de la extrema derecha y los hinchas de fútbol venidos de todo el país a poner orden en la ciudad, con el resultado de 46 muertos y 214 heridos, muchos de ellos abrasados en el edificio de cinco plantas incendiado con cócteles molotov ante la pasividad

de la policía. En otras regiones rusófilas el miedo, la debilidad de la protesta o la pasividad de los disconformes con lo que sucedía decidió la situación. No fue así en el Este del país, donde se organizó una fuerte resistencia popular armada mezclada con intervención camuflada rusa. La respuesta del nuevo gobierno de Kiev fue el envío del ejército en misión antiterrorista –lo que el presidente Yanukovich no se había atrevido a hacer– y que dio paso a la militarización y al actual escenario de guerra civil con 14.000 muertos y centenares de miles de refugiados y desplazados.

Una vez más: si cambiamos las fichas, toda esta utilización de aviación y artillería contra ciudades habría sido valorada en Occidente como un crimen intolerable contra la humanidad, etc., etc.

Dicho esto, se impone la evidencia de que todo lo que hubo y hay de genuinamente popular y liberador, tanto en el primer Maidán de Kiev como en la revuelta de Novorossia, importa muy poco a fin de cuentas en este conflicto en el que lo determinante es su dimensión geopolítica. Nada se entiende sin poner el zoom de nuestra observación en posición de gran angular.

EL IMPERIO DEL CAOS Y LA “ARQUITECTURA DE LA SEGURIDAD EUROPEA”

La propaganda occidental achaca el conflicto de Ucrania a la maldad de Putin, al nuevo expansionismo ruso y propone cronologías tan descaradas como la película que comienza con la invasión rusa de Crimea. Vaya por delante que el régimen oligárquico ruso tiene intereses correspondientes (aunque mucho más legítimos, desde el punto de vista de la historia y de la geografía) a los occidentales por: 1. Mantener su control y acceso a buena parte de los recursos naturales e industriales de Ucrania; 2. Ampliar su influencia geopolítica, y 3. Por consolidar el régimen autocrático de Putin y la unión autoritaria de burócratas y magnates que lo sustenta, con medidas de tanta carga patriótica como el regreso de Crimea a Rusia.

Desde ese punto de vista, tal como decía el profesor Mijaíl Buzgalin, la recuperación de Crimea es tan “progresista” como el intento de los militares de Argentina por hacerse con las Islas Malvinas ante Inglaterra.

Todo esto hay que tenerlo en cuenta –sobre todo a efectos de la imprevisible evolución interna de Rusia en los próximos años– pero es bastante secundario e irrelevante al lado del hecho principal: por primera vez en un cuarto de siglo una gran potencia regional, como es Rusia ahora, paró los pies a la superpotencia hegemónica del con-

glomerado imperial Estados Unidos-OTAN-Unión Europea. Es este desafío que crea un precedente, lo que es visto como intolerable y es contestado con sanciones y escenarios de nueva guerra fría.

La situación lanza señales a la correlación de fuerzas global y a la recomposición de las alianzas del mundo multipolar en formación. El siempre interesante Pepe Escobar se lanza a la piscina y ya anuncia un eje euroasiático Pekín-Moscú-Berlín para dentro de 20 o 30 años. Personalmente soy bastante escéptico no ya en este tipo de construcciones, sino sobre algo mucho más básico: sobre la mera posibilidad de pronosticar cualquier cosa de esa envergadura a 20 años vista en el actual mundo revuelto. Por eso, antes que perderse en inciertas proyecciones futuras más vale repasar la película que ha conducido hasta el conflicto ucraniano.

Durante la Perestroika, el pacto que Gorbachov acabó ofreciendo a Occidente fue el de cancelar la guerra fría a cambio de una arquitectura europea de seguridad integrada. Esa fue la oferta implícita de Moscú a Alemania y así fue entendida y aceptada por todos los actores. A nivel contractual todo eso quedó reflejado en la Carta de París de la OSCE para una nueva Europa, firmada en el Elíseo en noviembre de 1990, es decir aún en vida de la URSS. Las implicaciones de tal esquema eran enormes. La integración soviética en Europa habría dado lugar a un gran conglomerado político-económico, con un gran mercado, una enorme potencia energética y cierto eje político París-Berlín-Moscú. Por mal que se jugase, aquella partida acababa con la hegemonía de Estados Unidos en Europa, a todas luces innecesaria una vez disuelto el enemigo. Todo esto no funcionó por varias razones.

Sin duda Washington lo percibió enseguida como una amenaza a sus intereses generales y actuó en consecuencia. Gorbachov pecó también de ingenuidad al no amarrar aquellos pactos en acuerdos y contratos sólidos, confiándose en acuerdos entre caballeros. Pero en Moscú sucedieron también cosas que facilitaron mucho que este escenario fracasara.

En agosto de 1991 se produjo el golpe de estado de quienes consideraron que se había ido demasiado lejos. El golpe fracasó, porque sus autores no dispararon contra la gente, como luego haría en octubre de 1993 Boris Yeltsin con el aplauso de Occidente, y sobre todo porque la estadocracia ya estaba muy metida en la perspectiva de una entrada en el mercado global con privatización etc. Con todo, el proyecto de Gorbachov para Europa, lo que llamaba la “Casa común europea”, podría haber sobrevivido a aquello. Pero

en diciembre la emancipación y degeneración de la estadocracia rusa liderada por Yeltsin, disolvió la URSS. Ya sin Gorbachov siguieron diez años de juerga en la que las energías de los dirigentes de Moscú se centraron en el saqueo del patrimonio nacional (privatización), renunciando a toda política exterior autónoma. Eso hizo que Occidente le perdiera por completo el respeto a Rusia y se convenciera de que podía tratar con ella como con un vasallo. En cualquier caso, Rusia ya no daba miedo: recordemos que era la época en la que 5000 guerrilleros chechenos batían al ejército ruso en el Cáucaso del Norte.

En ese contexto las actitudes cambiaron radicalmente. Si Rusia era tan débil podía hacerse con ella cualquier cosa. Zbigniew Brzezinski, un conocido estratega americano —luego asustado por lo que se ha visto en Ucrania y partidario de la “finlandización” de ese país— propuso en aquella época desmembrar Rusia en cuatro o cinco estados, con una república de Extremo Oriente, otra siberiana, una Rusia europea, una confederación caucásica, etc., etc. Su libro, de 1997, fue muy leído en Moscú.

Esa fiesta se acabó cuando, una vez concluido el asalto al supermercado, en Moscú decidieron poner orden. Putin ha sido eso: el restablecedor de un orden elemental y el hombre que quiere impedir la desmembración de Rusia proyectada por el *Deep State* de Estados Unidos, una convicción profundamente arraigada en la mentalidad de Putin y en los medios de los servicios secretos rusos que tan importante papel juegan en el Kremlin.

En 2001, mientras los americanos se deshacían de algunos de los acuerdos de desarme más importantes de la guerra fría (p. ej., el acuerdo antimisiles, ABM) y descafeinaban otros, y mientras tras la caída de Milosevic en una de esas revoluciones de colores el *Washington Post* editorializaba anunciando que la siguiente jugada sería en Bielorrusia y Ucrania, Putin propuso su colaboración a Bush en el esfuerzo “antiterrorista” posterior al 11-S. Cedió acceso a Afganistán por la puerta trasera de Asia Central ex soviética y cooperó en logística e inteligencia todo lo que pudo. Todo eso no sirvió para nada. En Europa las cosas siguieron igual.

Mientras las bombas calientes de la OTAN caían sobre Yugoslavia, Javier Solana venía a Moscú a mediados de los noventa a convencer a los rusos de que la ampliación hacia el Este del bloque occidental, rompiendo todas las promesas, no tenía nada que ver con seguridad ni confrontación: “ya no estamos en los pulsos militares de la guerra fría”, decía, “las zonas de influencia son cosa del Siglo XIX”. Eviden-

temente nadie le tomaba en serio. Fue así como, a partir de mediados de los noventa, se decide ampliar la OTAN.

En la primera etapa ingresaron, en 1999, República Checa, Polonia y Hungría. En la segunda, (2004) Bulgaria, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia y Eslovenia. Este proceso se hizo paralelamente a las intervenciones en Yugoslavia (1995 Bosnia, 1999 Kosovo), cuya lectura externa era anular el único espacio no sometido a la nueva disciplina continental tras la guerra fría, y entre sucesivas advertencias rusas sobre “líneas rojas” (avances del bloque que serían considerados inadmisibles en Moscú) que fueron ignoradas. En la cumbre de abril de 2008 en Bucarest la OTAN ya se planteó el ingreso de Ucrania y Georgia, con la oposición de Francia y Alemania, lo que no impidió reflejar la promesa de tal ingreso en el comunicado final de la reunión. Sigue en agosto el ataque de Georgia a Osetia del Sur y la respuesta militar rusa. Pese a aquella señal, la OTAN sigue sin renunciar a la integración de ambos países y prosiguió su ampliación, en 2009, con Albania y Croacia.

A lo largo de 30 años, mientras se le iba avasallando, Moscú no ha dejado de insistir en el esquema de Gorbachov: reclamar un esquema de seguridad continental integrado. Entre 2008 y 2013 siguió esa situación desde la Conferencia de Seguridad de Múnich, el foro atlantista más importante al que se invita a Rusia. El discurso ruso siempre fue muy claro en ese foro (ver <https://blogs.lavanguardia.com/berlin-poch/Munich-el-occidente-autista>).

En 2007 Putin denunció directamente el juego sin reglas en el que se había convertido el intervencionismo occidental. Dijo, “el hermano lobo no pide permiso a nadie y come donde quiere”. En 2008 advirtió que “si Ucrania ingresa en la OTAN dejará de existir” porque se partirá. En 2009 el presidente Dmitri Medvedev propuso celebrar en Berlín, “una cumbre paneuropea, abierta a Estados Unidos” (fíjense en el detalle) para “preparar un acuerdo sobre seguridad europea jurídicamente vinculante” que ponga fin a las actuales tensiones. En vez de globalizar la OTAN, usurpando el papel de la ONU, Europa debe recrear la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (aquella OSCE de la Carta de París de 1990), dijo. Todo eso se ha repetido hasta la saciedad, pero nunca fue motivo de un titular de prensa o de telediario en Europa Occidental. En la visión que se nos ofrecía, el “problema de Rusia” no era su exclusión, manifiesta y provocadora, del sistema europeo, sino la esquizofrenia de sus “percepciones de amenaza”, se nos decía en los raros momentos en que alguien se interesaba.

Con Ucrania toda esta arrolladora serie acumulada a lo largo de 30 años ha explotado y los motivos son claros. En Europa se ha creado un enredo fenomenal sobre el que muchos advertíamos en los años noventa. Estaba claro desde el principio de que no habría estabilidad continental a largo plazo en un esquema de seguridad que no implicara a Rusia y menos aún que se planteara contra Rusia. A Estados Unidos ese desastre no le venía mal, porque era la garantía de que podría continuar manteniendo su tutela sobre el viejo continente, sin la cual su estatuto de superpotencia se vería mermado. La historia nos advertía que el miedo de los países del Este a Rusia era perfectamente razonable, pero ¿qué decir del miedo de Rusia, dos veces invadida por Occidente desde 1812 hasta Moscú, la última de ellas con el resultado de 27 millones de muertos? Si hubiera que resumir la situación en una frase, diríamos que la OTAN justifica hoy su vigencia en la necesidad de afrontar los riesgos creados por su propia existencia y ampliación al Este del continente. ¿Será la Unión Europea capaz de reconocer su error y dar marcha atrás?

En nuestro siglo, acuciados por problemas existenciales imposibles de resolver sin una intensa concertación internacional, no tenemos mucho tiempo que perder. En la hipótesis más optimista, el resultado del conflicto de Ucrania podría retrasar unos cuantos años más la integración de Rusia en un esquema europeo de seguridad. En la más pesimista, una guerra en Ucrania consolidaría y anticiparía el escenario de un conflicto global de grandes proporciones.

* * *

LO QUE NOS VAN EXPLICANDO SOBRE LA GUERRA*

Cuando el 24 de febrero Rusia invadió Ucrania desconocíamos muchos detalles de esa criminal y desgraciada aventura. Hoy, cuando los peligros de una escalada militar entre Occidente y Rusia se incrementan con las semanas hasta producir vértigo en un diario belicista de Nueva York, sabemos con certeza que aunque Ucrania no estaba en la OTAN, la OTAN estaba en Ucrania. Desde hace años. Lo que eso significaba y significa en la práctica lo sabemos, no a través de informaciones y propagandas justificatorias rusas, sino por fuentes de

* Recepción: 30-05-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Poch, R. (2022). Reventando el polvorín ucraniano. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s18-s26. Tomado del blog del autor, [<https://rafaelpoch.com/2022/05/24/lo-que-nos-van-explicando-sobre-la-guerra/>].



Emplazamientos de la OTAN en Ucrania

(Amarillo y azul): Instalaciones no oficiales de la OTAN; (solo en azul) Instalaciones oficiales de la OTAN); Polígono 242 del ejército regular de Goncharovski, región de Chernigov; Polígono 233 del ejército regular del pueblo Málaya Liubasha, región de Rovno; Centro internacional de mantenimiento de la paz y la seguridad de Yavorov, región de Lvov; Base de la flota británica de Yuzni, región de Odesa; Base de mando operativo de la flota de Estados Unidos de Ochakov, región de Nikolayev; Centro de observación y escucha de la isla Zmeinyi; Centro 235 de preparación, pueblo Mijailovka, región de Nikolayev; Polígono 241 del ejército regular de Aleshki, región de Jerson; Centro de entrenamiento de tiradores de precisión de Mariupol, región de Donetsk; Campamento militar de la OTAN de Shostka, región de Sumy; Campamento de la OTAN, Sumy.

Estados Unidos: por declaraciones de sus personalidades e informes de sus medios de comunicación.

El rearme atlantista de Ucrania comenzó inmediatamente después de la revuelta popular y operación de cambio de régimen del invierno de 2014. Las fuerzas nacionalistas antirrusas que no representaban ni a la mitad del país (obviamente ahora el panorama ha cambiado radicalmente), se hicieron entonces definitivamente con el poder en Kiev. Al derogar el precepto de no alineamiento de la Constitución ucraniana y optar abiertamente por una decidida disciplina occidental, esas fuerzas rompieron el delicado equilibrio plural entre las regiones del Oeste y el Este sobre el que reposaba la integridad territorial del país, desencadenaron una guerra civil en el Dombás y también la anexión de Crimea, una reacción rusa de consolación a la debacle

que los intereses de Moscú habían sufrido en Kiev y que la administración Obama leyó como un intolerable desafío militar merecedor de ejemplarizante castigo.

Según el Instituto Internacional de Investigaciones sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI), desde entonces y hasta 2021, Ucrania incrementó su gasto militar un 142% (Rusia un 11%).

A partir de 2015, Estados Unidos se gastó 5.000 millones de dólares en armas a Ucrania. En ese mismo periodo se formaron “por lo menos 10.000 hombres de las fuerzas armadas ucranianas al año “durante más de ocho años” en el cuadro de la OTAN, informó el 13 de abril *The Wall Street Journal* en un artículo titulado “El secreto del éxito militar de Ucrania: años de entrenamiento de la OTAN”.

Muchos de ellos, por lo menos 80.000 hombres, fueron formados en “estándares militares occidentales” y “tácticas modernas de combate” en la base de Yavorov (cerca de Lvov).

Yavorov es un enorme campo de entrenamiento de 200 kilómetros cuadrados de extensión (tres veces el área metropolitana de París), que fue objeto de un sonado ataque de misiles ruso el 13 de marzo. Al principio allí se formaban unidades de la Guardia Nacional y luego del ejército regular. Cuando empezó la guerra, “por lo menos ocho países de la OTAN” estaban formando en Yavorov a militares ucranianos. Lo aprendido con esa dilatada labor de formación y modernización, “ha tenido un impacto significativo” en el curso de la guerra, ha dicho el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg.

La CIA formó también unidades de élite y de inteligencia ucranianas en territorio de Estados Unidos. El programa tuvo problemas, porque se sospechaba que el contingente estaba infiltrado por informantes rusos, lo que exigió restricciones de información y filtrados de seguridad, informaba en enero el corresponsal para asuntos de seguridad Zach Dorfman. Los rusos estaban al día de esa labor de la CIA. El jefe de operaciones especiales de la inteligencia ucraniana, coronel Maksim Shapoval, vinculado a ese programa, murió el 27 de junio de 2017 en Kiev, en un atentado con bomba lapa colocada bajo su coche. El atentado fue atribuido a los servicios secretos rusos y considerado una respuesta a otros atentados cometidos por Shapoval en el Dombás.

Mientras sucedía todo eso, paralelamente tenían lugar dos procesos fundamentales. El primero, el rechazo activo de Estados Unidos, y como consecuencia de los ucranianos, a los “Acuerdos de Minsk”, la fórmula de paz firmada entre Rusia y Ucrania, y arbitrada por Francia y Alemania que estos dos países dejaron languidecer. El segundo, la

retirada unilateral de Estados Unidos, en 2019, del acuerdo de prohibición de armas nucleares de alcance intermedio (INF), firmado en 1987 por Reagan y Gorbachov y que fue un hito para el fin de la guerra fría en Europa.

Tras escuchar durante años que la ampliación de la OTAN hacia el Este no era contra Rusia y que las baterías de misiles desplegadas en Rumanía y Polonia eran “contra Irán”, (que carecía, y carece, de misiles de tan largo alcance), los rusos asistieron con doble irritación a las explicaciones que el Consejero de Seguridad Nacional de Trump, el demente John Bolton, ofreció en Moscú en octubre de 2018: la retirada del INF no va contra Rusia, les dijo Bolton, sino contra China, para poder desplegar esas armas nucleares tácticas en Asia. Que Bolton dijera que ya no consideraban a Rusia “una amenaza” y que lo que importaba en Washington era China, no hizo más que herir el acomplejado orgullo de gran potencia venida a menos de los dirigentes rusos.

En marzo de 2021, Ucrania aprobó una nueva estrategia militar en la que se apunta directamente a la reconquista militar de Crimea y del Dombás, lo que desde el punto de vista del derecho internacional era completamente legítimo, puesto que ambas regiones eran territorio ucraniano, pero que a efectos prácticos equivalía a un anuncio de preparativos de guerra contra Rusia.

En septiembre del mismo año, Estados Unidos y Ucrania firmaron un acuerdo por el que Washington prometía ayuda militar para restablecer la “integridad territorial” de Ucrania, tal como anunciaba el propósito de la nueva doctrina militar de Kiev.

En febrero comienza la guerra, después de que Estados Unidos no reaccionara a la propuesta diplomática de Moscú (neutralidad de Ucrania, retirada de infraestructuras militares de la OTAN del entorno de Rusia, entre otros aspectos) y de que el presidente ucraniano declarara en la Conferencia de Seguridad de Múnich su derecho a disponer de armas nucleares en el futuro.

Tres meses antes del inicio de la invasión rusa, en noviembre de 2021, el director de la CIA, William Burns, había visitado Moscú con un claro mensaje. Putin estaba en su residencia de Sochi, en el Mar Negro, pero Burns advirtió que si los preparativos de invasión detectados en Washington se ejecutaban, habría una reacción occidental fuerte. Desde Moscú, Burns habló por teléfono con Putin. Sin molestarse en desmentir las sospechas de invasión de Washington, el presidente ruso “le recitó pausadamente una lista de agravios sobre cómo Estados Unidos había ignorado durante años los intereses ru-

sos de seguridad”. Respecto a Ucrania, Putin le dijo que “no era un verdadero país” (WSJ, 1 de abril), es decir la idea que el presidente ruso ha defendido en diversas ocasiones y que merece una pequeña explicación.

Según una visión bastante común en Rusia, una Ucrania hostil a Rusia que niega su pluralismo etnolingüístico, cultural y religioso interno, no tiene derecho a la existencia en sus actuales fronteras. Tal país, considerado traidor, puede ser desmembrado, con su parte oriental vinculada a Rusia de una u otra forma, un trozo occidental de la Rutenia subcarpática incorporado a Hungría (escenario que, seguramente, Putin ha transmitido a Orban en la última visita de éste a Moscú), otro a Polonia, y el resto, si queda algo, para un estado ucraniano hostil pero inofensivo, sin acceso al mar y desatado, pero geográficamente aislado, en su irremediable rusofobia. Todo esto ya estaba implícito en 1994 cuando Aleksandr Solzhenitsyn mencionaba las “falsas fronteras leninistas de Ucrania”, injustificables porque “rompen millones de vínculos de familia y amistad”, en su opúsculo “La cuestión rusa en el final del siglo XX”.

En condiciones normales esa mentalidad se habría disuelto con el tiempo, o habría sido patrimonio de sectores radicales políticamente marginales en Moscú, pero la ruptura de 2014 en Kiev con su afirmación de una Ucrania “traidora” a ojos de Moscú y decididamente hostil a Rusia, así como los propios problemas internos de Rusia, la colocaron en el centro del poder moscovita...

Volviendo al director de la CIA, a mediados de enero Burns viajó en secreto a Kiev para exponerle al Presidente Zelenski lo que sabían del inminente ataque ruso, con un avance rápido hacia Kiev desde Bielorrusia. Los rusos iban a ocupar el aeropuerto Antónov de Hostomel, cerca de Kiev, con tropas especiales aerotransportadas, con el fin de utilizarlo para desembarcar allí fuerzas para tomar la capital. También se dio a los ucranianos información sobre los objetivos de la primera ola de misiles rusos para destruir la aviación y la defensa antiaérea ucraniana en las primeras horas. Esos informes permitieron salvar algunos recursos cambiando su emplazamiento, y desbaratar la operación de Hostomel.

Desde el primer momento, la OTAN puso los ojos (información de satélites) y los oídos (interceptación de transmisiones) al ejército ucraniano, con un intenso fluido de información a tiempo real.

“La inteligencia de Estados Unidos ha compartido información detallada desde antes de que comenzara la invasión (...) y ahora está trabajando estrechamente junto con la de otros socios para rechazar la

invasión rusa”, explicaba el domingo el *Wall Street Journal*. La cadena de televisión NBC informó el 26 de abril de que gracias a ello se derribó un avión de transporte ruso repleto de fuerzas especiales en los primeros días de la invasión. A finales de ese mismo mes, *The Washington Post* reveló que se habían facilitado las coordenadas para hundir con misiles, el 14 de abril, el crucero “Moskvá”, buque insignia de la flota rusa del Mar Negro, hecho que los rusos no atribuyen a un ataque sino a un “accidente” para no perder la cara. *The New York Times* informó poco después de que la elevada mortandad de altos mandos rusos en la campaña, doce generales en apenas tres meses según el diario, se debía a la información sobre coordenadas de puestos de mandos y horarios en los que se conocía la presencia de altos mandos en ellos.

Todo esto no lo sabíamos el 24 de febrero, llevaba en marcha muchos años y da mayor plausibilidad a los argumentos rusos sobre los motivos de la invasión como “guerra preventiva”.

En su discurso del 9 de mayo con motivo del día de la victoria, Putin repitió los argumentos ya formulados la madrugada del 24 de febrero cuando dijo que un ataque contra Rusia “era solo una cuestión de tiempo”:

En diciembre propusimos firmar un acuerdo sobre garantías de seguridad [...] que tuviera en cuenta los intereses de unos y otros. Todo en vano [...] Se estaba preparando otra operación punitiva en El Dombás, una invasión de nuestras tierras históricas, incluida Crimea. Kiev declaró que podía hacerse con armas nucleares. El bloque de la OTAN llevaba a cabo un activo fortalecimiento militar junto a nuestras fronteras. Se estaba creando una amenaza inadmisibile. Teníamos todas las evidencias de que era inevitable un enfrentamiento con los neonazis y banderistas apoyados por Estados Unidos y sus vasallos. Veíamos cómo se incrementaban las infraestructuras militares con centenares de consejeros extranjeros y envíos regulares de armas modernas por parte de países de la OTAN. La amenaza aumentaba con los días. Rusia lanzó un ataque preventivo contra esta agresión. Fue una decisión impuesta, correcta por parte de un país independiente, fuerte y soberano.

Sea como sea, la “*decisión correcta*” ha costado la vida o terribles heridas a miles de soldados y civiles, 13 millones de desplazados y la estimación de que una tercera parte de las infraestructuras del país hayan sido destruidas. Eso sin contar con el efecto de las sanciones en Rusia y en la Unión Europea, la sumisión de ésta a la OTAN, el aislamiento internacional de Rusia (únicamente matizado por la posibilidad de desarrollo de un bloque antioccidental en el mundo a medio y largo plazo, incierto consuelo) y los problemas de hambre e inseguridad alimentaria que se anuncian en África y Oriente Medio.

Y como gran cuestión, la guerra entre *imperios combatientes* tomando definitivamente el relevo a la necesaria concertación contra el cambio climático en las prioridades de los gobernantes de las grandes potencias. En resumen: una catástrofe planetaria en toda regla con años, sino décadas, apartados de prioridades y objetivos fundamentales para el conjunto de la humanidad.

A 1 de mayo, el Congreso de Estados Unidos había destinado un total de 13.670 millones de dólares en ayuda a Ucrania en los primeros dos meses. A eso se suman los dineros para armas de Inglaterra y la Unión Europea, así como el desastre y los riesgos, para unos y otros, que se desprenden del demencial objetivo declarado de las sanciones europeas formulado en mayo por la insensata presidenta de la Comisión, Ursula von der Leyen: “arrasar, paso a paso, la base industrial de Rusia”.

Sobre este panorama, se suceden desde hace meses las declaraciones y reconocimientos por parte de personalidades occidentales sobre la verdadera naturaleza de esta guerra. Preguntado el pasado marzo sobre si en Ucrania Estados Unidos y Rusia se encontraban en una guerra por país interpuesto (*proxy war*), el ex director de la CIA, León Panetta, respondía en una entrevista televisada: “podemos decirlo o no, pero se trata de eso”.

En su visita a Kiev del 24 de abril, el secretario de defensa de Estados Unidos, Lloyd Austin, un hombre de la industria armamentística, también lo confirmó al explicar a sus interlocutores ucranianos que, “el cometido de nuestra reunión es hablar sobre lo que nos permitirá ganar esta guerra”. El uso de la primera persona del plural despeja toda duda sobre quién está librando tal guerra. Por aquellas mismas fechas, el editorial de *The New York Times*, explicaba que el objetivo de la guerra “es poner a Rusia de rodillas” y mientras tanto el Congreso ya ha aprobado 40.000 millones de dólares más de ayuda a Ucrania, de ellos 23.000 para ayuda militar. Sumados a los 13.670 millones de la primera fase, la ayuda asciende a 53.000 millones, casi a la par con el presupuesto militar de Rusia. Nunca un país había recibido tanta ayuda de Estados Unidos en los últimos veinte años.

La conclusión de todo esto es evidente: no es solo una guerra atroz e injustificable de Rusia contra Ucrania, es, además y sobre todo, una guerra de la OTAN contra Rusia de momento en territorio de Ucrania y con Ucrania como víctima e instrumento. ¿Por qué “*de momento*” en territorio de Ucrania?

“En el entorno del presidente Zelenski se dice que habrá una contraofensiva militar ucraniana a mediados de junio”, capaz de ampliarse a territorio ruso, explica el consejero presidencial Olexij Arestovich, al diario alemán *Die Welt*. “Para entonces los ucranianos tendrán más armas recibidas del extranjero. Antes es poco probable”, dice.

“La contraofensiva ucraniana necesita sistemas de misiles de alcance medio y largo, artillería de gran calibre y aviación”, explicaba el domingo al *Wall Street Journal* el General Kyrylo Budanov, el jovencito de 36 años que dirige la inteligencia militar ucraniana.

En las redes sociales y medios de comunicación, triunfa una estupidez incapaz de medir los riesgos y consecuencias de lo que se propone. En la tele rusa periodistas y analistas energúmenos frivolidan con la capacidad de “eliminar Gran Bretaña” de un solo misil nuclear ruso “Sarmat”. En el campo opuesto, el delirio de los liberal-estalinistas rusos opuestos a Putin, muchos de ellos en el exilio y trabajando para organizaciones atlantistas, no conoce límites al llamar al desmantelamiento de su propio país, incluso al riesgo de una guerra nuclear. Es un nuevo ejemplo del tipo de oposición que los regímenes autocráticos siempre han generado en Rusia.

Regresan con sus nefastos consejos asesores occidentales de la “terapia de choque” de los noventa en Rusia como el fanático incompetente Anders Aslund: “mi humilde consejo a la OTAN sería: 1-Dar cuanto antes el máximo de armas posible a Ucrania, 2-Abrir los puertos del Mar Negro a la navegación 3- Bombardear preventivamente las ciudades rusas más importantes para garantizar que Putin no usará armas químicas o nucleares”, dice.

“Estados Unidos debería mostrar que puede ganar una guerra nuclear”, escribe Seth Cropsy, presidente del Yorktown Institute en el *Wall Street Journal*.

Ante este espectáculo hasta el belicista *New York Times* siente el vértigo de las consecuencias de aquel “poner a Rusia de rodillas” proclamado en su editorial de abril como objetivo de la guerra. Con la vista puesta en la inflación y el desastre demócrata que se anuncia para las elecciones *midterm* de noviembre, el diario constata en su editorial del 19 de mayo, que “el conflicto puede tomar una trayectoria más imprevisible y de potencial escalada”, se pregunta si eso va “en interés de Estados Unidos”, estima que “una victoria decisiva de Ucrania sobre Rusia en la que se recupera todo el territorio arrebatado por Rusia desde 2014 no es un objetivo realista”, aconseja a Biden que debería “explicarle los límites” a Zelenski, y recuerda finalmente que el adversario, “todavía es una superpotencia nuclear”.

Tres meses después de su inicio, comprendemos mejor el cúmulo de irresponsabilidades multilaterales que han desembocado en esta guerra.

* * *

POR QUÉ OCCIDENTE ES RESPONSABLE DE LA CRISIS UCRANIANA*

John Mearsheimer^a

La guerra en Ucrania es el conflicto internacional más peligroso desde la crisis de los misiles en Cuba de 1962. Entender sus causas es esencial para evitar que empeore y encontrar una manera de ponerle fin.

No hay duda de que Vladimir Putin inició la guerra y es responsable de cómo se está librando. Pero por qué lo hizo es otro asunto. La opinión convencional en Occidente es que es un agresor irracional, sin sentido de la realidad y empeñado en crear una gran Rusia al estilo de la antigua Unión Soviética. Por tanto, es el único responsable de la crisis de Ucrania.

Pero esa historia es errónea. Occidente, y en especial Estados Unidos, es el principal responsable de la crisis que comenzó en febrero de 2014. Hoy se ha convertido en una guerra que no solo amenaza con destruir a Ucrania, sino que tiene el potencial de convertirse en una guerra nuclear entre Rusia y la OTAN.

En realidad, el problema en torno a Ucrania comenzó el abril de 2008 en la cumbre de la OTAN en Bucarest, cuando la administración de George W. Bush forzó a la alianza a anunciar que Ucrania y Georgia “se convertirían en miembros”. Los líderes rusos respondieron de inmediato con indignación, calificando esa decisión como una amenaza existencial para Rusia y prometieron frustrarla. Según un respetado periodista ruso, Putin “montó en cólera” y advirtió que

* Original publicado en *The Economist*, 19 de marzo de 2022, [<https://www.economist.com/by-invitation/2022/03/11/john-mearsheimer-on-why-the-west-is-principally-responsible-for-the-ukrainian-crisis>]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 03-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Mearsheimer, J. (2022). Por qué occidente es responsable de la crisis ucraniana. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s26-s30.

^a Profesor de Servicio Distinguido R. Wendell Harrison de Ciencias Políticas en la Universidad de Chicago.

“si Ucrania se une a la OTAN, lo hará sin Crimea ni las regiones orientales. Simplemente se desmoronará”. Sin embargo, Estados Unidos ignoró la línea roja de Moscú y siguió adelante para convertir a Ucrania en un baluarte occidental en la frontera con Rusia. Esa estrategia incluía otros dos elementos: acercar a Ucrania a la UE y convertirla en una democracia pro estadounidense.

Estos esfuerzos acabaron desatando las hostilidades en febrero de 2014, después de que un levantamiento (apoyado por Estados Unidos) hiciera huir del país al presidente prorruso de Ucrania, Viktor Yanukóvich. En respuesta, Rusia arrebató Crimea de Ucrania y contribuyó a alimentar una guerra civil que estalló en la región del Dombás, en el este de Ucrania.

La siguiente gran confrontación se produjo en diciembre de 2021 y llevó directamente a la guerra actual. La causa principal fue que Ucrania se estaba convirtiendo en miembro *de facto* de la OTAN. El proceso empezó en diciembre de 2017, cuando la administración Trump decidió vender “armas defensivas” a Kiev. Sin embargo, lo que cuenta como “defensivo” no es claro, y estas armas ciertamente parecían ofensivas para Moscú y sus aliados en la región del Dombás. Otros países de la OTAN participaron en el acto, enviando armas a Ucrania, entrenando a sus fuerzas armadas y permitiéndoles participar en ejercicios aéreos y navales conjuntos. En julio de 2021, Ucrania y Estados Unidos organizaron conjuntamente un gran ejercicio naval en la región del Mar Negro en el que participaron armadas de 32 países. La Operación Sea Breeze casi provoca que Rusia disparara contra un destructor naval británico que entró deliberadamente en lo que Rusia considera sus aguas territoriales.

Los vínculos entre Ucrania y Estados Unidos se estrecharon bajo la administración Biden. El compromiso se refleja en un importante documento –la “Carta de Asociación Estratégica entre Estados Unidos y Ucrania”– firmado en noviembre por Antony Blinken, secretario de Estado estadounidense, y Dmytro Kuleba, su homólogo ucraniano. El objetivo era “subrayar [...] el compromiso con la aplicación por parte de Ucrania de las reformas profundas y exhaustivas necesarias para la plena integración en las instituciones europeas y euroatlánticas”. El documento se basa expresamente en “los compromisos los presidentes Zelensky y Biden para fortalecer la asociación estratégica entre Ucrania y Estados Unidos”, y subraya que los dos países se guiarán por la “Declaración de la Cumbre de Bucarest de 2008”.

Como era de esperar, Moscú consideró intolerable esta evolución de la situación y la primavera pasada empezó a movilizar a su ejército

en la frontera de Ucrania para indicar su determinación a Washington. Pero no surtió efecto, pues la administración Biden siguió acercándose a Ucrania. Esto llevó a Rusia a precipitar un enfrentamiento diplomático en toda regla en diciembre. Como dijo Serguéy Lavrov, ministro de Relaciones Exteriores de Rusia: “Llegamos a nuestro punto de ebullición”. Rusia exigió una garantía por escrito de que Ucrania nunca formaría parte de la OTAN y que la alianza retiraría los activos militares que había desplegado en Europa del Este desde 1997. Las negociaciones posteriores fracasaron, como el Sr. Blinken dejó en claro: “No hay ningún cambio. No habrá cambios”. Un mes después, Putin lanzó una invasión a Ucrania para eliminar la amenaza que veía de la OTAN.

Esta interpretación de los acontecimientos no concuerda con el mantra que prevalece en Occidente, que considera irrelevante la expansión de la OTAN para la crisis de Ucrania, y culpa en cambio a los objetivos expansionistas de Putin. Según un documento reciente de la OTAN enviado a los líderes rusos, “la OTAN es una alianza defensiva y no representa ninguna amenaza para Rusia”. Las pruebas disponibles contradicen esta afirmación. Para empezar, la cuestión no es los que los líderes occidentales dicen que es el propósito o las intenciones de la OTAN; es como ve Moscú las acciones de la OTAN.

Putin seguramente sabe que los costos de conquistar y ocupar grandes áreas de territorio en Europa del Este serían prohibitivos para Rusia. Como dijo una vez: “Quien no extrañe a la Unión Soviética no tiene corazón. Quien la quiera de vuelta no tiene cerebro”. Pese a sus creencias sobre los estrechos lazos entre Rusia y Ucrania, tratar de recuperar toda Ucrania sería como tratar de tragarse un puercoespín. Además, los políticos rusos –incluido Putin– nada han dicho sobre la conquista de nuevos territorios para recrear a la Unión Soviética o construir una Rusia más grande. En cambio, desde la cumbre de Bucarest de 2008, han dicho repetidamente que consideran el ingreso de Ucrania a la OTAN como una amenaza existencial que se debe impedir. Como señaló Lavrov en enero, “la clave de todo es la garantía de que la OTAN no se ampliará hacia el este”.

Es revelador que los líderes occidentales rara vez describieran a Rusia como una amenaza militar para Europa antes de 2014. Como señala el ex embajador de Estados Unidos en Moscú, Michael McFaul, la toma de Crimea por Putin no se planeó durante mucho tiempo; fue un movimiento impulsivo en respuesta al golpe que derrocó al líder prorruso de Ucrania. De hecho, hasta entonces, la expansión

de la OTAN tenía como objetivo convertir a toda Europa en una gigantesca zona de paz, no contener a una Rusia peligrosa. Pero una vez empezó la crisis los responsables políticos estadounidenses y europeos no podían admitir que la habían provocado al tratar de integrar a Ucrania en Occidente. Declararon que el verdadero origen del problema era el revanchismo de Rusia y su deseo de dominar, si no de conquistar, a Ucrania.

Mi historia sobre las causas del conflicto no debería ser controvertida, pues muchos destacados expertos estadounidenses en política exterior han advertido contra la expansión de la OTAN desde finales de los años noventa. El secretario de Defensa de Estados Unidos en la época de la cumbre de Bucarest, Robert Gates, reconoció que “tratar de incorporar a Georgia y Ucrania a la OTAN era una exageración”. De hecho, en esa cumbre, la canciller alemana, Angela Merkel, y el presidente francés, Nicolas Sarkozy, se opusieron a avanzar en el ingreso de Ucrania a la OTAN porque temían que eso enfureciera a Rusia.

La conclusión de mi interpretación es que estamos en una situación sumamente peligrosa, y que la política occidental está agravando esos riesgos. Para los líderes rusos, lo que ocurra en Ucrania tiene poco que ver con que se frustren sus ambiciones imperiales; se trata de hacer frente a lo que consideran una amenaza directa para el futuro de Rusia. Puede que el Sr. Putin haya juzgado mal la capacidad militar de Rusia, la eficacia de la resistencia ucraniana y el alcance y la rapidez de la respuesta occidental, pero nunca se debe subestimar lo despiadadas que pueden ser las grandes potencias cuando creen estar en aprietos. Sin embargo, Estados Unidos y sus aliados están redoblando la apuesta, con la esperanza de infligir una derrota humillante al Sr. Putin y quizá provocar su destitución. Están aumentando la ayuda a Ucrania mientras utilizan las sanciones económicas para castigar en masa a Rusia, un paso que Putin ahora considera “como una declaración de guerra”.

Es posible que Estados Unidos y sus aliados puedan evitar una victoria rusa en Ucrania, pero el país quedará gravemente dañado, si no desmembrado. Además, existe una seria amenaza de escalada más allá de Ucrania, sin mencionar el peligro de una guerra nuclear. Si Occidente no solo frustra a Moscú en los campos de batalla de Ucrania, sino que también causa un daño grave y duradero a la economía rusa, está en efecto empujando a una gran potencia al borde del abismo. El Sr. Putin podría entonces recurrir a las armas nucleares.

En este momento es imposible conocer los términos en los que se resolverá este conflicto. Pero si no entendemos su causa profunda no

podremos ponerle fin antes de que Ucrania naufrague y la OTAN termine en una guerra con Rusia.

* * *

RUSIA-UCRANIA: LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN OCCIDENTALES ACTÚAN COMO ANIMADORES DE LA GUERRA*

Jonathan Cook^a

Es sorprendente que muchos periodistas occidentales, incluidos cautelosos reporteros de la BBC en general cuidadosos, los normalmente, adulen descaradamente a las jóvenes que fabrican cócteles molotov en las calles de ciudades ucranianas como Kiev.

De repente es sexy fabricar explosivos improvisados, al menos, si los medios te consideran blanco, europeo y “civilizado”.

Eso podría sorprender a otros movimientos de resistencia más consolidados, en especial del Medio Oriente. Siempre se les ha tachado de terroristas por hacer lo mismo.

La falta de contención de los periodistas occidentales para identificarse con la “resistencia” civil ucraniana y apoyarla debe molestar a los palestinos de la pequeña Gaza, por ejemplo, que llevan décadas encerrados en una jaula de metal por el invasor militar israelí. Los palestinos en Gaza fabrican sus propios cócteles molotov. Pero como no se pueden acercar al ejército israelí, debe empacarlos en globos que sobrevuelan la barrera de acero que rodea Gaza y entran a Israel, a veces incendiando campos (BBC, 2021).

Nadie de la BBC ha celebrado estos “globos incendiarios” como un pequeño acto de resistencia. Se culpa reflexivamente al grupo gobernante de Gaza, Hamas, cuya rama política fue designada re-

* Publicado el 4 de marzo de 2002 en Middle East Eye, tomado del blog del autor, [https://www.jonathan-cook.net/]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 19-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Cook, J. (2022). Rusia-Ucrania: los medios de comunicación occidentales actúan como animadores de la guerra. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s30-s39.

^a Graduado en filosofía y política en Southampton University; maestría en Estudios del Medio Oriente en London University. Escritor y periodista independiente, autor de tres libros sobre el conflicto palestino-israelí y ganador del premio especial de periodismo Martha Gellhorn.

cientemente como organización terrorista por el gobierno británico (MEE, 2021).

EL DOBLE RASERO

Los palestinos de Gaza también han sufrido un bloqueo comercial durante los últimos quince años (OCHA, 2021), expresamente diseñado por Israel para hacerles pasar hambre (IMEU, 2014). Los manifestantes, entre los que se encuentran mujeres, niños y personas en silla de ruedas, han acudido regularmente a lanzar una piedra dirigida contra lejanos francotiradores israelíes, ocultos tras las fortificaciones, como forma simbólica de exigir su libertad. En respuesta, estos manifestantes suelen recibir disparos del ejército israelí (MEE, 2019).

Los medios occidentales a veces se angustian por las vidas perdidas o las piernas amputadas de quienes han sido blanco de los francotiradores (Reuters, 2019). Pero ninguno elogia esa “resistencia” palestina como elogia la ucraniana. En cambio, tratan a los manifestantes como incautos o como provocadores de Hamás (*Commentary*, 2018). A diferencia de Ucrania, Gaza no tiene ejército, y sus combatientes, a diferencia de los de Ucrania, no reciben armas de Occidente (Político, 2022).

El periódico *The Guardian* incluso censuró a su caricaturista Steve Bell (*PressGazette*, 2018) cuando intentó dibujar a una de las víctimas de los francotiradores israelíes, Razan al-Najjar (ver MEE, s.f.), una enfermera que trató de ayudar a los heridos. El periódico insinuó que la caricatura –de la entonces primera ministra británica, Theresa May, que recibía en Londres a su homólogo israelí, Benjamin Netanyahu, con al-Najjar como víctima sacrificial detrás de ellos, ardiendo en la chimenea– era antisemita (*The JC*, 2018).

Suponiendo que en el pasado los medios eran reacios a animar a la gente corriente a enfrentarse a soldados bien armados –para evitar víctimas civiles–, ¿por qué de repente se abandonó esa política en Ucrania?

El doble rasero es evidente y está en todas partes. Es imposible afirmar que los periodistas que hacen esto ignoran las convenciones periodísticas de otros lugares. En su mayoría son veteranos de las zonas de guerra de Medio Oriente, acostumbrados a cubrir Gaza, Bagdad, Nablus, Alepo y Trípoli.

ALIMENTAR EL FUEGO

Gran Bretaña y otros Estados europeos han optado por alimentar el fuego de la resistencia en Ucrania, enviándole armas que solo pueden

provocar más pérdidas de vidas, en especial de civiles atrapados en el fuego cruzado. Cabría esperar que los medios de comunicación británicos examinaran las implicaciones éticas de dicha política, y de la hipocresía. Pero nada de eso.

De hecho, gran parte de los medios de comunicación, no solo han actuado como grupos de presión para enviar más armas al ejército ucraniano, sino que han azuzado el apoyo de los civiles del Reino Unido para que se involucren más en la lucha (BBC, 2022a).

Este ha sido el caso incluso después de que el N.º 10 de Downing Street se distanciara de los comentarios de Liz Truss, la secretaria de Asuntos Exteriores, de que se debía animar a los británicos a enrolarse como voluntarios en las llamadas “brigadas internacionales” de Ucrania, supuestamente para defender a Europa.

Su postura era contraria la práctica habitual del gobierno, que trata como terroristas a quienes van a luchar a zonas de guerra en el Medio Oriente. A Shamima Begum, que fue a Siria a los 15 años, se le despojó su ciudadanía británica y se le ha negado el derecho a regresar por hacer lo que Truss ha propuesto en Ucrania.

No obstante, eso no disuadió a la BBC de viajar a Essex para conocer a “Wozza”, un proveedor de excedentes del ejército británico, que ha vendido a bajo precio a los ucranianos de Gran Bretaña para que puedan ir al frente de batalla. Wozza apareció arrancando las insignias de la Union Jack de los uniformes para que los milicianos ucranianos pudieran utilizarlas.

Un trato que se debe comparar con que recibe una forma de resistencia totalmente pacífica de occidentales en solidaridad con los palestinos, el movimiento internacional de Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS). Un trato apenas algo mejor que a los terroristas, y es prohibido apoyar al BSD en toda Europa y Estados Unidos.

UNA “IMPARCIALIDAD” COMPROMETIDA

Con todo el alboroto mediático generado alrededor de Ucrania, es difícil recordar que esta cobertura favorable va en contra de sus convenciones periodísticas. Es inconcebible, por supuesto, que Gran Bretaña envíe armas para ayudar a la liberación de Gaza, para poner un ejemplo,

Por esa razón, los medios nunca tendrán la oportunidad de ejercitar sus cuerdas vocales para indignarse ante dicho acontecimiento.

De hecho, los medios de comunicación occidentales suelen hacer eco a la oposición de sus gobiernos a cualquier ayuda a Gaza (EI,

2014), incluso la de enviar materiales de construcción como cemento para reconstruir el enclave después de alguna de las intermitentes oleadas de destrucción realizadas por Israel. Esto se debe a que los reporteros tratan acriticamente las afirmaciones israelíes de que la ayuda humanitaria será reutilizada por Hamás y reforzará el “terrorismo” (Bloomberg, 2019).

En 2010, por ejemplo, el programa *Panorama* de la BBC no mencionó que en aguas internacionales Israel llevó a cabo un ataque naval ilegal contra un convoy de ayuda humanitaria que se dirigía a la asediada Gaza (BBC, 2010). Nueve activistas que intentaban llevar a Gaza artículos de primera necesidad, como medicinas, a bordo del barco Mavi Marmara fueron asesinados por comandos israelíes, pero las entrevistas con estos hombres enmascarados carecían de sentido crítico (EI, 2015). La BBC mostró muy poca simpatía por ese acto de resistencia contra un ocupante brutal.

Un año antes, la BBC rompió una larga tradición y se negó a retransmitir un llamamiento de ayuda porque, en esta ocasión, se trataba de proporcionar alimentos y refugio a Gaza tras un ataque israelí que destruyó franjas del enclave (LF, 2018). La BBC justificó la decisión alegando que comprometería su “imparcialidad”, algo que parece no importarle en absoluto en el caso de Ucrania.

Al momento de publicar este artículo, la BBC no ha respondido las preguntas sobre estas incoherencias.

LA NIEBLA DE LA GUERRA

El campo de batalla es bien conocido por quedar envuelto rápidamente en la niebla de la guerra. Esa es una de las razones para que sus editores adviertan a periodistas inexpertos que esperen las pruebas y estén alertas contra la propaganda. En la práctica, sin embargo, se puede ver dónde están las simpatías de los medios –ocultas tras endebles afirmaciones de objetividad– observando cuándo y en beneficio de quién se abandonan esas normas de precaución, y la narrativa de cuál bando aceptan rápida y acriticamente.

En el Oriente Medio es claro que las afirmaciones de Estados Unidos, Europa e Israel se amplifican con demasiada facilidad, aun cuando su veracidad está en duda.

Esas mentiras alimentadas por los medios de comunicación han sido múltiples. Que Israel instó a volver a casa a los palestinos que expulsó en 1948 (*Haaretz*, 2015). Que las tropas de Saddam Hussein arrebataron bebés de las incubadoras en Kuwait (*The Guardian*,

2001), y que el líder iraquí colaboró con su archienemigo, Al Qaeda, en los atentados del 11-S (*The Guardian*, 2008). Que los soldados de Muammar Gadafi en Libia tomaron viagra para violar a civiles en Bengasi (BBC, 2011). Que Rusia pagó recompensas a los talibanes para que mataran soldados estadounidenses en Afganistán (*The Guardian*, 2021).

Esos engaños e invenciones acapararon los titulares cuando eran útiles como propaganda, y se retiraron silenciosa mucho después.

En el caso de Ucrania parece estar surgiendo un patrón similar. Los medios occidentales informaron en forma generalizada, incitante y totalmente ficticia que las tropas rusas masacraron a un contingente de trece soldados ucranianos en la isla de la Serpientes, en el Mar Negro. Se difundió una cinta de audio falsa en la que supuestamente los ucranianos maldecían a los invasores rusos. El gobierno ucraniano prometió a cada uno de ellos el título de Héroe de Ucrania (*The Guardian*, 2022).

Pero, en realidad, lo que era cierto en esa ocasión eran las informaciones de los medios rusos (BBC, 2022b). Había ochenta y dos soldados ucranianos y se habían rendido. Todos estaban sanos y salvos. En otro ejemplo, se promocionó ampliamente el clip de un videojuego (*Express*, 2022), en el que aparecía un heroico y solitario piloto de combate ucraniano –apodado el Fantasma de Kiev– derribando aviones y helicópteros rusos (Reuters, 2022a).

La desinformación se ha compartido en forma aún más agresiva en las redes sociales occidentales, y la mayor parte de ella está diseñada para provocar simpatía por Ucrania y hostilidad por Rusia.

OPERACIÓN DE ABLANDAMIENTO

Pero lo que hoy vemos se trata de algo más que de un apetito de los medios por las historias sin pruebas y las falsedades, siempre que sean contra Rusia. Y se trata de algo más que de la simpatía de los medios por la “resistencia” ucraniana que niegan a otros grupos que luchan contra sus opresores, cuando esos opresores son Occidente y sus aliados.

Los medios de comunicación están repletos de comentaristas más rabiosamente tribales que los gobiernos occidentales y los generales de los ejércitos. El coro de los medios a favor de “más guerra” parece servir como una operación de ablandamiento ideológico, que despeja el camino a los gobiernos mientras se preparan para una propaganda más extrema y medidas antidemocráticas.

Junto con muchos otros, Dan Hodges, comentarista del *Mail on Sunday*, ha estado pidiendo una zona de exclusión aérea sobre Ucrania (Politics, 2022), que incluso Boris Johnson ha rechazado por razones obvias (*The Scotsman*, 2022). Llevaría a Europa a una confrontación directa con las fuerzas aéreas rusas y supondría un riesgo de enfrentamiento con una potencia nuclear.

No obstante, Hodges califica el rechazo de esta idea como “un acto de apaciguamiento no diferente de nuestro apaciguamiento de Hitler en 1938”. La invasión rusa ocurrió después de casi una década de instigación de Estados Unidos, que utilizó a la OTAN como tapadera para forjar unas relaciones militares cada vez más estrechas con Ucrania.

Con razón o sin ella, Moscú interpretó el comportamiento de la OTAN como una maniobra agresiva de Estados Unidos y sus aliados en su “esfera de influencia” (MEE, 2022). La idea de que no se podía ni se puede hacer ninguna concesión a Rusia —que la única “opción moral”, como la llama Hodges, es arriesgarse a una posible guerra nuclear— debe entenderse como la provocación beligerante que claramente es.

El corresponsal jefe de NBC News, Richard Engel, tuiteó lo que consideraba un “cálculo de riesgos” y un “dilema moral”: ¿debería Occidente bombardear un convoy de tanques rusos en su camino hacia Kiev? Aparentemente preocupado por la inacción actual, preguntó: “¿Occidente mira en silencio mientras avanza?”.

HIPOCRESÍA ABSOLUTA

Condeleeza Rice, parte de los artífices de la criminal invasión de Irak, no ha sido cuestionada por los medios de comunicación por su total hipocresía al aceptar que “cuando se invade una nación soberana ese es un crimen de guerra” (ver MacLeod, 2022). Si ese es el caso —y el derecho internacional dice que lo es— la propia Rice debería ser juzgada en La Haya.

O ¿qué decir del horror de los medios de comunicación esta semana ante el bombardeo de Járkov, la segunda ciudad de Ucrania, donde se reportó que habían muerto “docenas” de personas? Compárese con el entusiasmo de los medios por la campaña de bombardeo “*Shock and Awe*” que posiblemente mató a miles de personas en las primeras horas de la invasión estadounidense de Irak en 2003.

¿Qué decir del silencio cómplice de los medios durante muchos años de bombardeos saudíes —con aviones y bombas británicos— con-

tra civiles en Yemen, que han provocado una catástrofe humanitaria apenas imaginable? (*Daily Maverick*, 2021) Quienes resisten en Yemen al espectáculo de horror saudí no son héroes para nuestros medios de comunicación, que simplemente los tachan de marionetas de Irán.

El veterano periodista de la BBC Jeremy Vine, por su parte, opinó que los soldados rusos reclutados “merecen morir” cuando se ponen el uniforme del ejército ruso. “Así es la vida”, dijo a una persona sorprendida que llamó a su programa.

¿Cree Vine que las tropas británicas y estadounidenses –soldados profesionales, a diferencia de reclutas rusos– también merecían morir cuando sus ejércitos invadieron ilegalmente Irak? Y si no, ¿por qué no?

Es difícil pasar por alto el trasfondo racista de gran parte de la cobertura occidental; con comentaristas y entrevistados que insisten en que los refugiados ucranianos son “europeos”, “civilizados”, “de pelo rubio y ojos azules”.

PROPAGANDA ESTATAL

En medio de esta desenfrenada y a menudo desquiciada propaganda bélica occidental, gran parte procedente de la cadena estatal británica, Europa prohíbe la emisión de la cadena estatal rusa RT (Reuters, 2022b), al tiempo que Silicon Valley borra su presencia de Internet.

No hay duda de que RT suele promover una línea editorial que simpatiza en gran medida con los objetivos de la política exterior de Moscú, así como se puede confiar que la BBC promueve una línea editorial que simpatiza en gran medida con los objetivos de la política exterior británica.

El problema para el público occidental no es su exposición a la propaganda estatal rusa. Es su constante exposición a la implacable propaganda estatal occidental.

Si buscamos la paz –y de momento hay pocos indicios de ello–, necesitamos que los medios de comunicación occidentales rindan cuentas por su patriotismo sin sentido, sus exageraciones, su credulidad, su doble moral y sus engaños. Pero ¿quién va a actuar como vigilante del supuesto vigilante del Cuarto Poder?

En estos momentos necesitamos voces de Rusia para entender lo que Putin piensa y quiere, no lo que los “corresponsales internacionales en jefe” de la BBC creen que quiere. Necesitamos fuentes de información listas para desafiar rápidamente las “noticias falsas” tanto occidentales como rusas.

Y, sobre todo, necesitamos poner fin a nuestra visión racista del mundo, en la que siempre somos los Buenos y ellos los Malos, y en la que nuestro sufrimiento importa y el de los demás no.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BBC. (2010). Death in the Med, 22 de agosto, [<https://www.bbc.co.uk/programmes/b00thr24>].
- BBC. (2011). EE.UU. denuncia que las tropas de Gadafi toman Viagra, 29 de abril, [bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2011/04/110428_ult_not EEUU libia viagra onu_lr].
- BBC. (2021). Israel strikes in Gaza after fire balloons launched, 16 de junio, [<https://www.bbc.com/news/world-middle-east-57492745>].
- BBC. (2022a). Ukraine: 'More than 100' people from Scotland volunteer to fight, 2 de marzo, [<https://www.bbc.com/news/uk-scotland-scotland-politics-60589580>].
- BBC. (2022b). Snake Island: Ukraine says troops who swore at Russian warship are alive, 28 de febrero, [<https://www.bbc.com/news/world-europe-60554959>].
- Bloomberg. (2019). Gaza Needs Cement to Rebuild, But Israel Dominates the Market, 19 de agosto, [<https://www.bloomberg.com/news/features/2019-08-15/gaza-needs-to-rebuild-yet-israel-controls-the-cement>].
- Commentary*. (2018). Hamas and Israel Agree: Slain Protesters Weren't Civilians, 16 de abril, [<https://www.commentary.org/evelyn-gordon/hamas-and-israel-agree-gaza-protesters-civilians/>].
- Daily Maverick*. (2021). BAE Systems sold weaponry worth £17.6bn to Saudis during Yemen war, 16 de abril, [<https://www.dailymaverick.co.za/article/2021-04-16-bae-systems-sold-weaponry-worth-17-6bn-to-saudis-during-yemen-war/>].
- EI. (2014). Under cover of reconstruction, UN and PA become enforcers of Israel's Gaza siege, 17 de octubre, [<https://electronicintifada.net/blogs/ali-abunimah/under-cover-reconstruction-un-and-pa-become-enforcers-israels-gaza-siege>].
- EI. (2015). ICC judges order new probe of Israeli massacre on Mavi Marmara, 17 de julio, [<https://electronicintifada.net/blogs/ali-abunimah/icc-judges-order-new-probe-israeli-massacre-mavi-marmara>].
- Express*. (2022). Ghost of Kyiv! Ukraine's air force pilot hailed as hero after downing 10 Russian planes, 28 de febrero, [<https://www.express.co.uk/news/world/1572582/Ghost-of-Kyiv-Ukraine-air-force-Russia-plane-shot-down-video-vn>].
- Haaretz*. (2015). After Capturing Haifa, Ben-Gurion Gave Order to Stop Fleeing Arabs From Returning, 26 de mayo, [<https://www.haaretz.com/.premium-ben-gurion-ordered-prevent-arabs-from-returning-to-haifa-1.5366272>].
- IMEU. (2014). Putting Palestinians "on a diet": Israel's siege & blockade of Gaza, *The Left Bible*, 14 de agosto, [<https://imeu.org/article/putting-palestinians-on-a-diet-israels-siege-blockade-of-gaza>].
- LF. (2018). Tony Benn defies the BBC's ban and appeals for Gaza himself, 1 de octubre, [<https://www.youtube.com/watch?v=6b89jcNqgJo>].

- MacLeod, A. (2022). Satire is dead, 27 de febrero, [<https://twitter.com/AlanRMacLeod/status/1498064608585736193>].
- MEE. (s.f.). Razan al-Najjar, [<https://www.middleeasteye.net/tags/razan-al-najjar>].
- MEE. (2019). 'Shoot to maim': How Israel created a generation on crutches in Gaza, 29 de marzo, [<https://www.middleeasteye.net/news/shoot-maim-how-israel-created-generation-crutches-gaza>].
- MEE. (2021). Hamas terror listing is yet another UK betrayal of the Palestinians, 30 de noviembre, [<https://www.middleeasteye.net/opinion/uk-israel-palestine-hamas-criminalisation-betrayal>].
- MEE. (2022). Russia-Ukraine war: A different invasion, the West's same 'madman' script, 28 de febrero, [<https://www.middleeasteye.net/opinion/russia-ukraine-war-invasion-madman-script-same>].
- OCHA. (2021). Suffocation and Isolation: 15 Years of Israeli Blockade on Gaza, 24 de enero, Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios, [<https://reliefweb.int/report/occupied-palestinian-territory/suffocation-and-isolation-15-years-israeli-blockade-gaza-enar>].
- Politics. (2022). Former Nato deputy commander says Ukraine no-fly zone could risk WW3, 2 de marzo, [<https://www.politics.co.uk/news/2022/03/02/former-nato-deputy-commander-says-ukraine-no-fly-zone-could-risk-ww3/>].
- Político. (2022). EU agrees to give €500M in arms, aid to Ukrainian military in 'watershed' move, 27 de febrero, [<https://www.politico.eu/article/eu-ukraine-russia-funding-weapons-budget-military-aid/>].
- PressGazette. (2018). Spiked cartoon that sparked 'censorship' row between Guardian editor and cartoonist Steve Bell was 'ill-judged', says readers' editor, 25 de junio, [<https://pressgazette.co.uk/spiked-cartoon-that-sparked-censorship-row-between-guardian-editor-and-cartoonist-steve-bell-was-ill-judged-says-readers-editor/>].
- Reuters. (2019). Artificial limbs change lives for wounded Gaza protesters, 8 de abril, [<https://www.reuters.com/article/uk-israel-palestinians-amputee-idAFKCN1RK1N1>].
- Reuters. (2022a). Fact Check-Animation miscaptioned as if to show video of Ukrainian fighter jet shooting down Russian plane, 5 de febrero, [<https://www.reuters.com/article/factcheck-animation-ukrainianjet/fact-check-animation-miscaptioned-as-if-to-show-video-of-ukrainian-fighter-jet-shooting-down-russian-plane-idUSL1N2V035G>].
- Reuters. (2022b). EU bans RT, Sputnik over Ukraine disinformation, 2 de marzo, [<https://www.reuters.com/world/europe/eu-bans-rt-sputnik-banned-over-ukraine-disinformation-2022-03-02/>].
- The Guardian*. (2001). The disinformation campaign, 4 de octubre, [<https://www.theguardian.com/education/2001/oct/04/socialsciences.highereducation>].
- The Guardian*. (2008). Saddam Hussein had no direct ties to al-Qaida, says Pentagon study, 13 de marzo, [<https://www.theguardian.com/world/2008/mar/13/iraq.usa>].

- The Guardian*. (2021). US has 'low to moderate confidence' in reports of Russian bounty on US troops, 15 de abril, [<https://www.theguardian.com/world/2021/apr/15/russian-bounty-us-troops-afghanistan>].
- The Guardian*. (2022). This article is more than 2 months old Ukraine soldiers told Russian officer 'go fuck yourself' before they died on island, 25 de febrero, [<https://www.theguardian.com/world/2022/feb/25/ukraine-soldiers-told-russians-to-go-fuck-yourself-before-black-sea-island-death>].
- The JC. (2018). Guardian cartoonist denies rejected cartoon was anti-semitic, 7 de junio, [<https://www.thejc.com/news/uk-news/guardian-cartoonist-steve-bell-denies-antisemitism-cartoon-1.465204>].
- The Scotsman*. (2022). Ukraine-Russia conflict: Boris Johnson rejects no-fly zone as he suggests Vladimir Putin could be tried for war crimes, 1 de marzo, [<https://www.scotsman.com/news/politics/johnson-rejects-no-fly-zone-and-suggests-putin-could-be-tried-for-war-crimes-3592337>].

* * *

LA MENTIRA DE LA INOCENCIA ESTADOUNIDENSE*

Chris Hedges^a

La calificación de Vladimir Putin como criminal de guerra por Joe Biden, quien abogó por la guerra de Irak y apoyó firmemente los veinte años de carnicería en el Medio Oriente, es un ejemplo más de la hipócrita postura moral que recorre a Estados Unidos. No es claro cómo se podría juzgar a Putin por crímenes de guerra, ya que Rusia, igual que Estados Unidos, no reconoce la jurisdicción de la Corte Penal Internacional de La Haya. Pero la justicia no es lo importante. Los políticos como Biden, que no aceptan la responsabilidad de nuestros bien documentados crímenes de guerra, refuerzan sus credenciales morales satanizando a sus adversarios. Saben que la posibilidad de que Putin se enfrente a la justicia es nula. Y que su posibilidad de enfrentar la justicia es igual.

Sabemos quiénes son nuestros criminales de guerra más recientes, entre otros: George W. Bush, Dick Cheney, Donald Rumsfeld,

* Original, The lie of American innocence, publicado el 21 de marzo en [<https://scheerpost.com/2022/03/21/hedges-the-lie-of-american-innocence/>]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 10-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Hedges, C. (2022). La mentira de la inocencia estadounidense. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s39-s45.

^a Periodista ganador del Premio Pulitzer, durante quince años fue corresponsal extranjero de *The New York Times*, donde se desempeñó como jefe de la Oficina de Medio Oriente y jefe de la Oficina de los Balcanes.

el general Ricardo Sánchez, el ex director de la CIA George Tenet, el ex ayudante del fiscal general Jay Bybee, el ex ayudante del fiscal general John Yoo, quien estableció el marco legal para autorizar la tortura; los pilotos de helicópteros que dispararon abatieron civiles, incluidos dos periodistas de Reuters, en el video “Asesinato colateral” publicado por WikiLeaks. Tenemos pruebas de los crímenes que cometieron.

Pero, así como en la Rusia de Putin, quienes revelan estos crímenes son silenciados y perseguidos. Julian Assange, a pesar de que no es ciudadano estadounidense y su sitio WikiLeaks no tiene sede en Estados Unidos, está acusado bajo la Ley de Espionaje de Estados Unidos por hacer públicos numerosos crímenes de guerra estadounidenses. Assange, alojado en una prisión de alta seguridad en Londres, libra una batalla perdida en tribunales británicos para bloquear su extradición a Estados Unidos, donde enfrenta 175 años de prisión. Un conjunto de reglas para Rusia, otro para Estados Unidos. Llorar lágrimas de cocodrilo por los medios de comunicación rusos, fuertemente censurados por Putin, mientras se ignora la difícil situación del editor más importante de nuestra generación dice mucho de cuánto le importan la libertad de prensa y la verdad a la clase dirigente.

Si exigimos justicia para los ucranianos, como deberíamos, también debemos exigir justicia para el millón de personas asesinadas—400.000 de las cuales no eran combatientes— por nuestras invasiones, ocupaciones y ataques aéreos en Irak, Afganistán, Siria, Yemen y Pakistán. Debemos exigir justicia para quienes resultaron heridos, enfermaron o murieron porque destruimos hospitales e infraestructura. Debemos exigir justicia para los miles de soldados e infantes de marina que murieron, y muchos más que resultaron heridos y viven con discapacidades de por vida, en guerras iniciadas y sostenidas con mentiras. Debemos exigir justicia para los 38 millones de personas que han sido desplazadas o se han convertido en refugiadas en Afganistán, Irak, Pakistán, Yemen, Somalia, Filipinas, Libia y Siria, un número que supera el total de desplazados en todas las guerras desde 1900, aparte de la Segunda Guerra Mundial, según el Instituto Watson de Asuntos Internacionales y Públicos de la Universidad de Brown. Decenas de millones de personas que no tenían ninguna conexión con los ataques del 9/11 fueron asesinadas, heridas, perdieron sus hogares y vieron sus vidas y sus familias destruidas por nuestros crímenes de guerra. ¿Quién clamará por ellas?

Todos los esfuerzos para que nuestros criminales de guerra asuman su responsabilidad han sido rechazados por el Congreso, los tribu-

nales, los medios de comunicación y los dos partidos gobernantes. El Centro de Derechos Constitucionales, al que se ha impedido presentar casos en tribunales estadounidenses contra los arquitectos de estas guerras preventivas, definidas por las leyes posteriores a Núremberg como “guerras criminales de agresión”, presentó mociones en tribunales alemanes para que los líderes estadounidenses rindan cuentas por las graves violaciones de la Convención de Ginebra, incluida la autorización de la tortura en sitios negros como Guantánamo y Abu Ghraib.

Quienes tienen el poder de hacer cumplir el Estado de derecho, de pedir cuentas a nuestros criminales de guerra, de expiar nuestros crímenes de guerra, dirigen su indignación moral exclusivamente a la Rusia de Putin. “Atacar civiles intencionalmente es un crimen de guerra”, dijo el secretario de Estado Anthony Blinken, condenando a Rusia por atacar instalaciones civiles, entre ellos un hospital, tres escuelas y un internado para niños con discapacidad visual en la región de Lugansk en Ucrania. “Estos incidentes se unen a una larga lista de ataques contra instalaciones civiles, no militares, en toda Ucrania”, dijo. Beth Van Schaack, embajadora general para la justicia penal global, dirigirá el esfuerzo en el Departamento de Estado, dijo Blinken, para “ayudar a los esfuerzos internacionales para investigar los crímenes de guerra y juzgar a los responsables”.

Esta hipocresía colectiva, basada en las mentiras que nos decimos sobre nosotros mismos, va acompañada de envíos masivos de armas a Ucrania. Alimentar guerras por delegación era una especialidad de la Guerra Fría. Hemos vuelto al guión. Si los ucranianos son heroicos luchadores de la resistencia, ¿qué pasa con los iraquíes y los afganos, que lucharon tan valiente y obstinadamente contra una potencia extranjera tan salvaje como Rusia? ¿Por qué no fueron elogiados? ¿Por qué no se impusieron sanciones a Estados Unidos? ¿Por qué no se les proporcionó miles de armas antitanque, armas antiblindaje, armas antiaéreas, helicópteros, drones Switchblade o “Kamikaze”, cientos de sistemas antiaéreos Stinger, misiles antitanque Javelin, ametralladoras y millones de rondas de municiones a quienes defendieron a sus países de la invasión extranjera en el Medio Oriente, incluidos los palestinos bajo ocupación israelí? ¿Por qué el Congreso no se apresuró a aprobar un paquete de 13.600 millones de dólares para proporcionarles asistencia militar y humanitaria, además de los 1.200 millones ya proporcionados al ejército ucraniano?

Bueno, sabemos por qué. Nuestros crímenes de guerra no cuentan, y las víctimas de nuestros crímenes de guerra tampoco. Y esta hipo-

cresía hace imposible un mundo basado en las normas, que respete el derecho internacional.

Esta hipocresía no es nueva. No hay ninguna diferencia moral entre los bombardeos de saturación que Estados Unidos llevó a cabo sobre poblaciones civiles desde la Segunda Guerra Mundial, incluso en Vietnam e Irak, y los ataques a centros urbanos realizados por Rusia en Ucrania o los atentados del 9/11 contra el World Trade Center. La muerte masiva y las bolas de fuego en el horizonte de una ciudad son tarjetas de presentación que hemos dejado en todo el mundo durante décadas. Nuestros adversarios hacen lo mismo.

Los ataques deliberados contra civiles, bien sea en Bagdad, Kiev, Gaza o Nueva York, son *crímenes* de guerra. El asesinato de al menos 112 niños ucranianos, hasta el 19 de marzo, (*The Wire*, 2002) es una atrocidad; también lo es el asesinato de 551 niños palestinos durante el asalto militar de Israel a Gaza en 2014. Y también lo es la muerte de 230.000 personas en los últimos siete años en Yemen por las campañas de bombardeos y bloqueos saudíes que provocado hambrunas masivas y epidemias de cólera. ¿Dónde estaban los llamamientos a una zona de exclusión aérea sobre Gaza y Yemen? Imagínense cuántas vidas se podrían haber salvado.

Los crímenes de guerra exigen el mismo juicio moral y la misma responsabilidad. Pero no los obtienen, porque tenemos un conjunto de normas para los europeos blancos y otro para las personas no blancas de todo el mundo. Los medios de comunicación occidentales han convertido en héroes a los voluntarios europeos y estadounidenses que acuden en masa a luchar en Ucrania, mientras que los musulmanes occidentales que se unen a grupos de resistencia que luchan contra ocupantes extranjeros en el Medio Oriente son criminalizados como terroristas. Putin ha sido implacable con la prensa. También lo ha sido nuestro aliado, el gobernante saudí *de facto* Mohammed bin Salman, quien ordenó asesinar y desmembrar a mi amigo y colega Jamal Khashoggi, y quien este mes supervisó una ejecución masiva de 81 personas condenadas por delitos penales. La cobertura de Ucrania, especialmente después de pasar siete años informando sobre los asaltos asesinos de Israel contra los palestinos, es otro ejemplo de la división racista que define a la mayoría de los medios occidentales.

La Segunda Guerra Mundial comenzó cuando se entendió, al menos por los aliados, que emplear armas industriales contra poblaciones civiles era un crimen de guerra. Pero a los 18 meses de iniciada la guerra, alemanes, estadounidenses y británicos bombardeaban sin

descanso las ciudades. Al final de la guerra, una quinta parte de las viviendas alemanas habían sido destruidas. Un millón de civiles alemanes murieron o fueron heridos en bombardeos. Siete millones y medio de alemanes se quedaron sin hogar. La táctica del bombardeo de saturación, o bombardeo de área –que incluyó el bombardeo incendiario de Dresde, Hamburgo y Tokio, que mató a más de 90 mil civiles japoneses en Tokio y dejó a un millón de personas sin hogar, y el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, que se cobraron la vida de 129 mil y 226 mil personas, en su mayoría civiles– tenía el único propósito de quebrar la moral de la población con la muerte y el terror masivos. Ciudades como Leningrado, Stalingrado, Varsovia, Coventry, Royan, Nankín y Rotterdam fueron destruidas.

Convirtió a los arquitectos de la guerra moderna –a todos ellos– en criminales de guerra.

Desde entonces, los civiles han sido considerados objetivos legítimos en todas las guerras. En el verano de 1965, el entonces secretario de Defensa Robert McNamara calificó como un medio efectivo de comunicación con el gobierno de Hanoi a los bombardeos al norte de Saigón, que dejaron cientos de miles de muertos. Seis años antes de morir, McNamara –que a diferencia de la mayoría de los criminales de guerra tenía la capacidad de autorreflexión– fue entrevistado en el documental, “La niebla de la guerra”. Y se mostró arrepentido, no solo por atacar civiles vietnamitas, sino también por los ataques aéreos contra civiles en Japón durante la Segunda Guerra Mundial, supervisados por el general de la Fuerza Aérea Curtis LeMay.

“LeMay dijo que si hubiésemos perdido la guerra, todos habríamos sido procesados como criminales de guerra”, dijo McNamara en la película. “Y creo que tiene razón [...] LeMay reconoció que lo que estaba haciendo se consideraría inmoral si su lado hubiese perdido. Pero, ¿qué hace que sea inmoral si se pierde, y no inmoral si se gana?” ((ver <https://www.youtube.com/watch?v=fDT8NdyoWfI>)).

LeMay, más tarde jefe del Comando Aéreo Estratégico durante la Guerra de Corea, lanzó toneladas de napalm y bombas incendiarias sobre objetivos civiles en Corea que, según su propia estimación, mataron al 20% de la población en un período de tres años.

La matanza industrial define la guerra moderna. Es una masacre masiva impersonal. Administrada por enormes estructuras burocráticas que perpetúan la matanza durante meses y años. Sostenida por la industria pesada que produce un flujo constante de armas, municiones, tanques, aviones, helicópteros, acorazados, submarinos, misiles y suministros producidos en masa, junto con transportes mecanizados

que trasladan tropas y armamentos por ferrocarril, barco, aviones y camiones al campo de batalla. Moviliza estructuras industriales, gubernamentales y organizativas para una guerra total. Centraliza los sistemas de información y control interno. Es racionalizada para el público por especialistas y expertos sacados del establecimiento militar, junto con académicos y medios de comunicación complacientes.

La guerra industrial destruye los sistemas de valores existentes que protegen y nutren la vida, sustituyéndolos por el miedo, el odio y la deshumanización de aquellos a que se nos hace creer que merecen ser exterminados. Es impulsada por las emociones, no por la verdad ni los hechos. Borra los matices, sustituyéndolos por un universo binario infantil de nosotros y ellos. Lleva a la clandestinidad las narrativas, las ideas y los valores en competencia y vilipendia a todos los que no hablan en el tono nacional que sustituye al discurso y al debate civil. Se promociona como un ejemplo de la inevitable marcha del progreso humano, cuando en realidad nos acerca cada vez más a la destrucción masiva en un holocausto nuclear. Se burla del concepto de heroísmo individual, a pesar de los febriles esfuerzos de los militares y los medios de comunicación para vender este mito a jóvenes reclutas ingenuos y a un público crédulo. Es el Frankenstein de las sociedades industrializadas. La guerra, como advirtió Alfred Kazin, es “el fin último de la sociedad tecnológica”. Nuestro verdadero enemigo está dentro.

Históricamente, quienes son procesados por crímenes de guerra, bien sea la jerarquía nazi en Núremberg o los líderes de Liberia, Chad, Serbia y Bosnia, son procesados porque perdieron la guerra y porque son adversarios de Estados Unidos.

No se juzgará a los gobernantes de Arabia Saudí por los crímenes de guerra cometidos en Yemen ni a los líderes militares y políticos de Estados Unidos por los crímenes de guerra cometidos en Afganistán, Irak, Siria y Libia o, una generación antes, en Vietnam, Camboya y Laos. Las atrocidades que cometemos, como My Lai, donde 500 civiles vietnamitas desarmados fueron asesinados a tiros por soldados estadounidenses, que se hacen públicas, se tratan buscan un chivo expiatorio, por lo general un oficial de bajo rango al que se le impone una condena simbólica. El teniente William Calley cumplió tres años de arresto domiciliario por los asesinatos en My Lai. Once soldados estadounidenses, ninguno de los cuales era oficial, fueron condenados por torturas en la prisión de Abu Ghraib en Irak. Pero los arquitectos y señores supremos de nuestra matanza industrial, incluidos Franklin Roosevelt, Winston Churchill, el general Curtis LeMay, Harry S. Truman, Richard Nixon, Henry Kissinger, Lyndon Johnson, el general

William Westmoreland, George W. Bush, el general David Petraeus, Barack Obama y Joe Biden nunca rinden cuentas. Dejan el poder para convertirse en venerados estadistas ancianos.

La matanza masiva de la guerra industrial, el hecho de no pedir cuentas, de ver nuestro propio rostro en los criminales de guerra que condenamos, tendrán consecuencias ominosas. El escritor y sobreviviente del Holocausto Primo Levi compendió que la aniquilación de la humanidad de los demás es un requisito previo para su aniquilación física. Nos hemos convertido en cautivos de nuestras máquinas de muerte industrial. Los políticos y los generales manejan su furia destructiva como si fueran juguetes. Quienes condenan la locura, quienes exigen el Estado de derecho, son atacados y condenados. Esos sistemas de armas industriales son nuestros ídolos modernos. Adoramos sus proezas mortales. Pero los ídolos, como dice la Biblia, empiezan exigiendo el sacrificio de los demás y terminan en un autosacrificio apocalíptico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

The Wire. 2002. Ukraine's Prosecutor Office Says 112 Children Killed in War, 19 de marzo, [<https://thewire.in/world/ukraines-prosecutor-office-says-112-children-killed-in-war>].

* * *

LA CENSURA AL PAPA FRANCISCO ES UN HECHO POLÍTICO*

Marco Politi^a

Vaticanista es una definición típica del periodismo italiano. En otros países, los medios de comunicación cuentan con expertos en temas religiosos. En Italia, en cambio, la palabra indica la importancia política del Vaticano, de la Iglesia, del mundo católico, por lo que los medios de comunicación, grandes y pequeños, tienen su propio observador privilegiado que sigue cada movimiento del papa y

* Original publicado en *Il Fatto Quotidiano*, 25 de marzo de 2022, [<https://www.ilfattoquotidiano.it/2022/03/25/spese-militari-perche-la-censura-delle-pa-rolle-di-papa-francesco-e-un-fatto-politico/6537716/>]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 05-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Politi, M. (2022). La censura al papa Francisco es un hecho político. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s45-s48.

^a Escritor, periodista; fue corresponsal de *La Repubblica* en El Vaticano.

su entorno. En consecuencia, en los medios italianos es aún mayor el espacio dedicado a los gestos, las palabras, los documentos, e incluso los silencios del papa.

El jueves 24 de marzo sucedió algo fuera de lo común. Biden estuvo en Europa y participó en la cumbre de la OTAN, el G7 y el Consejo Europeo. Exactamente en ese momento, el papa Francisco, en su reunión con el Centro de Mujeres Italianas, definió como “¡locura!” el aumento del gasto militar hasta un 2% del presupuesto. Con respecto a la guerra en Ucrania, afirmó que la respuesta “no son otras armas, otras sanciones, otras alianzas político-militares, sino otro enfoque, una forma diferente de gobernar el mundo ahora globalizado... una forma diferente de entablar las relaciones internacionales”. El signo de exclamación que acompaña a la palabra “locura” es parte del texto oficial del Vaticano. El papa añadió que estaba “avergonzado” después de conocer la decisión, y concluyó con una indicación específicamente política: la forma correcta de responder a la crisis actual “no es mostrar los dientes, como ahora”. La intervención del papa, de gran actualidad, puso en tela de juicio las decisiones del Gobierno de Draghi y también de los gobiernos europeos. Y entonces sucedió un milagro. Las ediciones digitales de los principales medios de comunicación guardaron silencio. Solo *La Stampa* informó del asunto como tercer tema de portada. Al día siguiente, en la edición impresa, el periódico dedicó una página entera a la historia. *Il Corriere* y *La Repubblica* reservaron dos sueltos –breve tribuna de opinión– a la intervención vaticana. Si Francisco hubiera hablado de gatos, que a muchos les importan más que a los humanos, habría tenido más espacio.

La historia es interesante desde un punto de vista político. Mientras que en el mundo angloamericano –nutrido por la libertad protestante y la vivacidad del pensamiento judío donde se afirma que “dos maestros hacen tres opiniones”– la controversia es la sal del debate cotidiano, en Italia con la invasión de Ucrania se activó el antiguo reflejo de la Inquisición. Quien expone un pensamiento fuera del marco es un enemigo de la fe. Así ha estallado el epíteto-anatema de “proputinianos”, “equidistantes”, partidarios del “Partido de la rendición” (posición totalmente ajena a la mayoría de los italianos, que simpatizan con la Ucrania atacada). Como sostiene cualquier inquisición, está prohibido hacer preguntas. Por ejemplo: ¿existe la doctrina Monroe?, ¿cómo se enfrentó la crisis de los misiles en Cuba en 1962?, ¿tuvo sentido la expansión de la OTAN hacia el Este? El análisis de los orígenes del conflicto provoca reacciones descontroladas de los inquisidores. Así que ahora se le ha impuesto la mordaza al papa. Esto no incomoda

al pontífice argentino, cuya piel es resistente. Francisco denunció con duras palabras la brutalidad de la agresión de Putin y, naturalmente, considera justificado –como dijo su secretario de Estado el Cardenal Parolin– el derecho a resistir al invasor.

Las palabras del papa plantean cuestiones políticas y humanas con la misma claridad con la que Juan Pablo II se opuso a la invasión de Irak (totalmente ilegal) protagonizada en primera instancia por Estados Unidos, Gran Bretaña, y también Polonia. Estas son preguntas básicas y concretas. ¿Qué sentido tiene una carrera de gasto armamentista para los estados europeos mientras se acerca una recesión brutal? ¿Por qué no invertimos en una defensa europea, que ahorraría grandes sumas? ¿Qué significa ese ridículo ejército europeo de 5.000 efectivos? ¿Cuánto pesará sobre la gente la distorsión del presupuesto en detrimento de las inversiones sociales, empezando por la salud, la educación o el apoyo a las familias? Con la inflación en aumento, ¿es posible olvidar de repente que la prioridad número uno debería ser la lucha global contra la pobreza y superar las desigualdades que agravó la pandemia? Francisco es un “líder político”, ya lo decían sus allegados en Buenos Aires. El punto sobre el que el Vaticano intenta llamar la atención es que la crisis de Ucrania remite a una crisis de equilibrio mundial que solo puede remediarse con una nueva arquitectura de relaciones entre las áreas de poder económico y político del planeta. Necesitamos un Pacto de Helsinki para el siglo XXI.

Este es el sentido de la advertencia de que no es necesario “mostrar los dientes”. Este es el núcleo de la exhortación del papa para salir de la perspectiva de los bloques político-militares, trabajando por “una forma diferente de gobernar el mundo ahora globalizado, una forma diferente de establecer las relaciones internacionales”. Lo de Francisco es realismo, no una forma pietista de afrontar los problemas. El espacio cultural católico es uno de los pocos en Italia en el que –dejando de lado la militarización del pensamiento– se examinan estos temas cruciales. *Avvenire*, el diario de la Conferencia Episcopal italiana, insiste en que las democracias deben ser capaces de encontrar un sistema de relaciones con esa vasta parte del mundo que, según el sociólogo Mauro Magatti, “no acepta el modelo liberal occidental”. Si la lógica violenta de Putin es inadecuada, corresponde a Occidente construir reglas de juego que involucren a “otros”. Marco Tarquinio, director de *Avvenire*, escribe que en un mundo que no logra vacunar, curar y aliviar la pobreza de todos los hombres y mujeres del planeta, la “soberbia rearmamentista de muchos” despierta indignación. Con el paso de las semanas y las grandes dificultades con las que se encuentra

la maquinaria militar rusa, es evidente que evocar la alarma de un efecto dominó, “después de Ucrania, Moscú quiere tragarse los países bálticos y Polonia”, está totalmente fuera de la realidad.

Si, como dijo el general Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, la dura intervención papal plantea una pregunta fundamental sobre la política de Occidente. ¿Quiere detener la agresión de Putin o Washington prefiere que Rusia se desangre dejando que el conflicto continúe unos meses más? Y en este caso, ¿es realista que China ayude a Estados Unidos a someter a Rusia y luego ver que Washington y sus aliados abren una guerra político-económica contra Beijing?

* * *

EL CONFLICTO UCRANIANO ENTRE SANCIONES Y GUERRA*

Hélène Richard^a

Anne-Cécile Robert^b

“Si Putin invade Ucrania, quiero que sepa que tendrá problemas para comprar un refresco en una máquina expendedora en cinco minutos”, dijo el congresista demócrata Seth Moulton a los periodistas en una visita Kiev a finales de diciembre de 2021. A comienzos de enero, miembros de su partido presentaron un proyecto de ley que preveía “sanciones preventivas” (Senado USA, 2022), un concepto inusual en relaciones internacionales, pues equivale a tomar represalias contra algo hipotético.

El documento prometía que, “en caso de escalada”, se prohibiría a los principales bancos rusos el uso del dólar y del sistema de mensajería financiera (SWIFT), a través del cual se realizan la mayoría de las transacciones interbancarias del mundo. Además, Rusia se expuso a un embargo de alta tecnología y al bloqueo de la puesta en marcha del gasoducto Nord Stream 2. Estas amenazas no fueron suficientes

* Original publicado en *Monde Diplomatique*, marzo de 2022, [<https://www.monde-diplomatique.fr/2022/03/RICHARD/64416>]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 04-04-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Richard, H. y Robert, A.-N. (2022). El conflicto ucraniano entre sanciones y guerra. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s48-s58

^a Periodista de *Monde diplomatique*.

^b Doctora en Derecho Europeo, miembro del comité de dirección de *Monde diplomatique*.

para disuadir a Vladimir Putin. Un día después de que el Kremlin reconociera la independencia de las repúblicas separatistas del Dombás, llovieron los anuncios de nuevas series de sanciones en el campo occidental, en un intento de hacer retroceder a Moscú.

Estados Unidos no inventó el uso de la presión económica para doblegar a un adversario. La historia de las relaciones internacionales está llena de casos. Por ejemplo, el bloqueo continental impuesto por Napoleón a Inglaterra en 1806 o el que decretó el presidente Abraham Lincoln contra los estados del sur durante la Guerra Civil (1861-1865). Estas medidas fueron un prelude del conflicto y en general continuaron después de iniciado. Pero a comienzos del siglo XX, el presidente estadounidense Woodrow Wilson, ya consciente del poder económico de su país, vio que este tipo de acciones podía sustituir a la guerra.

“Quien elija esta medida económica, pacífica, tranquila y fatal no tendrá que recurrir a la fuerza. No es una medida tan terrible. No sacrifica una sola vida fuera del país expuesto al boicot, pero impone a ese país una presión que, en mi opinión, ninguna nación moderna puede resistir”, anunció durante las negociaciones del Tratado de Versalles en 1919.

Por la misma época se creó una organización permanente para vigilar las relaciones internacionales –la Sociedad de Naciones– que tenía un poder de sanción para evitar que las disputas entre países degeneraran en guerra. La agresión de Alemania nazi, Japón e Italia cortó de raíz ese proyecto. En 1945 esa idea se retomó en la Carta de las Naciones Unidas, que estableció el principio del arreglo pacífico de las controversias entre Estados y prohibió el uso de la fuerza (artículo 2). En caso de amenazas o quebrantamientos de la paz, encomendó a un órgano especial, el Consejo de Seguridad –y solo a él– la facultad de adoptar sanciones para poner fin a los disturbios. El artículo 41 de la Carta establece una lista no exhaustiva de posibles restricciones: “la interrupción total o parcial de las relaciones económicas y de los medios de comunicación ferroviarios, marítimos, aéreos, postales, telegráficos, radiofónicos y de otro tipo, así como la ruptura de las relaciones diplomáticas”. La gama de sanciones se amplió con el tiempo: económicas (comerciales o financieras), militares (embargo de armas), diplomáticas, culturales y deportivas. Marca la preocupación de la ONU por regular una práctica necesariamente más extendida entre las principales potencias que entre las demás.

Pero la rivalidad entre bloques se desarrolló al margen de las normas de la ONU. Ya en 1950 Estados Unidos impulsó la creación de

un Comité Coordinador para el Control Multilateral de las Exportaciones, una organización no oficial alojada en la Embajada de Estados Unidos en París cuyo objetivo era obstaculizar la exportación de productos y tecnología militar y civil a los países del mundo comunista. Asfixiar al enemigo sigue siendo parte del arsenal estadounidense contra Cuba (desde 1962), Vietnam (1975-1994), salvo el embargo de armas, que solo se suspendió en 2016) o Corea del Norte (desde 1950). También fue en esa época que los países árabes exportadores de petróleo cerraron las compuertas a Israel y sus aliados. La adopción de sanciones multilaterales por el Consejo de Seguridad se limitó a casos emblemáticos: embargo de armas contra el régimen racista en Sudáfrica en 1963 (confirmado en 1977) y luego contra la declaración unilateral de independencia de los blancos de Rodesia del Sur (el futuro Zimbabue) en 1965.

La desaparición de la Unión Soviética en 1991 abrió la “década de las sanciones”, durante la cual el Consejo de Seguridad adoptó al menos trece regímenes restrictivos, incluidos un embargo contra Irak por su anexión de Kuwait en 1990 —una flagrante violación del derecho internacional— y, en 1993, contra la Libia de Muamar el Gadafi por su participación en dos atentados aéreos (sobre Lockerbie, en Escocia en 1988, y en Níger en 1989). Esta medida tuvo el efecto deseado: Trípoli admitió su responsabilidad (1999), renunció a su programa de armas de destrucción masiva (2003) y aceptó cooperar con las investigaciones internacionales. Estados Unidos ejercía entonces una influencia predominante en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, a partir de los años noventa desencadenó la maquinaria coercitiva, pasándolo por alto. Entre 1918 y 1998, el gobierno de Estados Unidos restringió 115 veces su comercio con naciones sancionadas, incluidas 64 en la década de 1990, en su mayoría de manera unilateral. En 1997, casi la mitad de la población mundial vivía bajo sanciones estadounidenses (Broder, 1998).

UN MARCO JURÍDICO VAGO

El severo embargo comercial, financiero y militar impuesto a Irak el 6 de agosto de 1990 marcó un punto de inflexión. Prolongado durante diez años después de la primera Guerra del Golfo, autorizada por el Consejo de Seguridad, arruinó la economía del país, fortaleció el régimen vigente, que se benefició del contrabando eludiendo las sanciones, y provocó escasez de alimentos y medicinas: según la Unicef, 500 mil niños perdieron la vida, pero “el precio valió la pena”, dijo

en 1996 Madeleine Albright, embajadora de Estados Unidos ante la ONU. El secretario general adjunto de la ONU y coordinador de las operaciones humanitarias en Irak, Denis Halliday, renunció en 1998 para denunciar la “destrucción de toda una sociedad”. Mientras que el embargo contra el régimen del *apartheid* fue aclamado como un mal necesario por el propio Nelson Mandela, desde el caso iraquí se alzan voces que critican los embargos en general porque golpean de modo indiscriminado a poblaciones enteras, sin importunar a sus líderes. También se desmorona la idea de que las sanciones económicas son menos mortíferas que el envío de tropas.

Estas críticas han llevado al surgimiento de una nueva categoría, las sanciones “selectivas” o “inteligentes”, en contraposición a los embargos generales “injustos” o “ciegos”, pues se dirigen a ciertas categorías de productos –petróleo, diamantes, madera, armas– y excluyen a los de primera necesidad (alimentos, salud). Además, el Consejo de Seguridad de la ONU, igual que los Estados en sus relaciones bilaterales, designa a organizaciones y particulares como responsables de disturbios o delitos internacionales. En 1998, a la Junta de Sierra Leona, a los dirigentes de Unita en Angola y a sus familiares se les congelaron sus activos en el extranjero y se les prohibió la entrada a ciertos países. Al inicio excepcionales, estas medidas individuales se generalizaron después del 11 de septiembre de 2001, con la persecución a los líderes de Al-Qaeda y la lucha contra la financiación del terrorismo. Puesto que el consenso entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad es más fácil de lograr a este respecto, África es el continente más afectado (Sudán, Kenia, Somalia, República Democrática del Congo, etc.) por estas medidas multilaterales dirigidas a jefes de Estado, ministros, jefes militares, de inteligencia o de policías, señores de la guerra y traficantes.

El marco jurídico sigue siendo poco claro: las personas son sancionadas sin juicio y sin posibilidad real de impugnar la decisión¹. Su círculo cercano o familiar también puede estar en la lista negra. Los desafortunados casos de homonimia hundieron a las personas en una vergüenza duradera. El Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, uno de los pocos tribunales a los que se puede recurrir, señala la necesidad de garantías jurídicas (TJCE, 2008). La arbitrariedad reina, como cuando Washington y Bruselas sancionaron oligarcas rusos por la anexión de Crimea en 2014, en la que no jugaron ningún papel.

¹ Actas Mesa Redonda “Sanciones selectivas en la encrucijada del derecho internacional y europeo”, Université Pierre-Mendès France, Grenoble, 10 de mayo de 2011.

Otra novedad poco destacada que afecta al mundo de las sanciones es el aumento de los argumentos basados en la violación de los derechos humanos y el carácter de regímenes considerados antidemocráticos. Mientras que a finales de los años noventa estas preocupaciones figuraban menos del 20% de los paquetes de sanciones del mundo, en 2019 aparecen en más del 42% (Felbermayret al., 2020). El Consejo de Seguridad, cuya misión principal es velar por la paz y la seguridad internacionales, rara vez interviene solo por estos motivos: el 17 de mayo de 1994, por ejemplo, justificó un embargo de armas a Ruanda porque la “situación” (“masacres”, “violencia étnica”, “refugiados”) era una “amenaza a la paz y la seguridad en la región”. En 2011, alegó los riesgos de represión que pesaban sobre la población civil para declarar un embargo de armas a Libia y autorizar una intervención militar internacional que causaría controversia (ver Robert, 2011).

Son los países –principalmente Estados Unidos y los miembros de la Unión Europea– los que invocan estos motivos. Estados Unidos inició el proceso a finales de 1974 cuando adoptó la enmienda Jackson-Vanik a la Ley de Comercio, que condicionaba la concesión de crédito y la aplicación de la cláusula de nación más favorecida a la URSS a la liberalización de su política migratoria. Por primera vez se estableció un “vínculo condicional [...] entre derechos humanos y comercio, cuya originalidad es vincular la política exterior y la política interior” (Peretz, 2007). Washington solo normalizó sus relaciones económicas con Rusia en 2012, cuando se aprobó la Ley Magnitsky. El Congreso lo aceptó con una condición: abrir la posibilidad de perseguir ciudadanos rusos considerados responsables de violaciones de los derechos humanos, sin referirse a Rusia como Estado. Aprobada en 2017 bajo el presidente Donald Trump y mantenida por su sucesor Joseph Biden, la Ley Global Magnitsky amplía esta posibilidad al resto del mundo y a los actos de corrupción. La lista de individuos y entidades en el punto de mira de Estados Unidos hoy contiene 1.623 páginas y casi 37 mil entradas...

Desde los Tratados de Maastricht (1992) y Lisboa (2007) que establecen la Política Europea de Seguridad Común, la Unión Europea se convirtió en la segunda fuente de sanciones del mundo, después de Estados Unidos. Su objetivo es “defender el respeto de los derechos humanos, la democracia, el Estado de Derecho y la buena gobernanza” (Consejo Europeo, 2004). Igual que Estados Unidos, incluso creó un nuevo instrumento para sancionar personas que violan los derechos humanos, una especie de “ley Magnitsky” europea. Sobre esa base, el 22 de marzo de 2021 el Consejo Europeo adoptó medidas restrictivas

contra 28 personas y cuatro organizaciones de Rusia, China, Corea del Norte, Libia, Eritrea y Sudán del Sur.

Con cierto candor, la Unión Europea desempeña el papel de caballero blanco, como Estados Unidos. No sin contradicciones: mientras que Occidente terminó sancionando, sin orden y con distinta intensidad, a Arabia Saudita por el asesinato del periodista Jamal Khashoggi (2018), Israel aún escapa a su ira pese a la resolución del Consejo de Seguridad de 2016 que por primera vez condena la ocupación de los territorios palestinos ocupados después de 1967, incluido Jerusalén Este. Los debates actuales en la Unión Europea sobre la actitud frente a Rusia han dado lugar a hazañas retóricas. La presidenta de la Comisión, Ursula von der Leyen, pareció apoyar la posición de Estados Unidos de que “Nord Stream 2 no podía excluirse *a priori* de la lista de sanciones [preventivas]”. “Queremos construir el mundo del mañana como democracias con socios de ideas afines”, añadió. Entre los socios energéticos que podrían sustituir a Rusia, la jefa del ejecutivo citó una monarquía petrolera (Qatar), una dictadura aliada de la autoritaria Turquía (Azerbaiyán) y un país bajo un régimen militar (Egipto)...

SEGÚN LOS INTERESES DEL MOMENTO

El papel del caballero blanco exige ser irreprochable. Se podría pensar, por ejemplo, que Julian Assange, perseguido por Estados Unidos y encarcelado en Londres, es un candidato de ensueño al asilo político, que ningún país de la Unión Europea está dispuesto a concederle. Ante la crisis migratoria, la convención sobre los refugiados de 1951 ya no es respetada por los Veintisiete. En vísperas de la Presidencia francesa, Amnistía Internacional se muestra preocupada por la vulneración de las libertades civiles en la Unión (Consejo de la Unión Europea, 2022). Afectada por un persistente “déficit democrático”, ¿la UE puede realmente dar lecciones? Por último, Estados Unidos solo ha ratificado 5 de los 18 tratados internacionales de derechos humanos.

Si Occidente no golpea a todas las dictaduras por igual, Washington modula la aplicación de sus regímenes de sanciones en función de sus intereses geopolíticos del momento. Por ejemplo, entre 2018 y 2020 India ha estrechado su cooperación militar con Rusia firmando una serie de contratos por 13.500 millones de dólares, sin que Washington haya considerado activar contra Nueva Delhi su ley para combatir a los adversarios de Estados Unidos (CAATSA, aprobada

en 2017), que castiga el apoyo directo o indirecto al sector de defensa ruso. Hay que decir que Estados Unidos corteja a Nueva Delhi con la esperanza de atraerla a su alianza anti-China. El Tesoro estadounidense ha mostrado menos indulgencia con las empresas europeas. En 2019, multó a 25 de ellas por un monto total de 1.288 millones de dólares. El banco británico Standard Chartered pagó 657 millones por violar el embargo a Irán, y el banco italiano UniCredit giró un cheque de 611 millones de dólares por las mismas razones.

Utilizadas prosaicamente por Washington para defender sus intereses, las sanciones también desempeñan otro papel para los europeos, más interno que internacional. En efecto, las sanciones son el “único instrumento coercitivo de política exterior del que dispone la Unión” (Bloj, 2022): por ello, portan una fuerte carga simbólica que permite a la organización aparecer unida en la escena internacional, afirmando así una apariencia de existencia con medidas de fuerte contenido moral. Tomando partido, siguiendo la estela de Washington, en el conflicto interno entre el presidente venezolano Nicolás Maduro y su autoproclamado competidor Juan Guaidó, los Estados miembros deploran a una sola voz la “oportunidad perdida para la democracia”, que merece medidas restrictivas (Buxton, 2019). Más allá de las peticiones de principio, la Unión sigue dividida ante los temas fundamentales de la seguridad y la paz. Los Estados bálticos y Polonia impulsan la confrontación política con Rusia por razones geográficas e históricas, mientras que los alemanes más pragmáticos, piensan en su suministro de gas.

Dirigiéndose al Consejo de Seguridad el 15 de septiembre de 1997, la Asamblea General recordó que las sanciones son medidas de último recurso cuando todas las demás han fracasado. “Las medidas coercitivas unilaterales de la Unión Europea perjudican la diplomacia [...] –dijo Claire Daly, diputada irlandesa al Parlamento Europeo—. Son armas para mantener una hegemonía que ya no tiene sentido en el contexto multipolar” (*L’Humanité*, 2021).

La sistematización de las sanciones a veces produce efectos contrarios a los buscados, en particular un mayor apoyo de la población al régimen que se sanciona, como en Malí en 2021 y 2022. Pero también puede llevar a que los Estados sancionados se pongan de su parte.

El comportamiento de Moscú es un caso de libro de texto. Sabiendo que está permanentemente expuesta a un entorno de sanciones, Rusia ha decidido adaptarse e incluso aprovecharse de ello. En respuesta a las restricciones por su agresión a Ucrania, Moscú impuso un embargo a las importaciones de productos agrícolas de la Unión

Europea, Norteamérica, Australia y Noruega. El efecto proteccionista de estas medidas ha impulsado su producción interna. Las ventas agroalimentarias al exterior alcanzaron un récord de 30 mil millones de dólares en 2020, más que el gas natural, lo que convirtió a Rusia en exportador neto de productos agrícolas, algo inédito desde la colectivización soviética (Teurtrie, 2021).

EXACERBACIÓN DE LAS RELACIONES DE PODER

En el ámbito financiero, Rusia intenta limitar su dependencia del dólar y del sistema financiero dominado por Estados Unidos. Su banco central ha acumulado grandes reservas (casi un tercio de su PIB) para desalentar un ataque a su moneda. Desde 2018 se está deshaciendo masivamente de los bonos del Tesoro estadounidense –la primera entre las potencias emergentes– y cambiando una parte por deuda soberana china (de la que Rusia es el principal comprador extranjero).

Del mismo modo, Rusia intenta proteger su sistema bancario de la desestabilización de Occidente. En 2015 Moscú lanzó su propio sistema de mensajería financiera (SPFS), así como una tarjeta bancaria nacional (Mir), que permitiría hacer las transacciones internas si Occidente la excluía del SWIFT. En 2021, el 87% de la población tenía la tarjeta Mir, que sin embargo solo cubre una cuarta parte de las transacciones, pues las clases medias aún prefieren las tarjetas occidentales, que se pueden usar en el extranjero (ibíd.).

Moscú puede contar con el apoyo de Pekín para reprochar ante la “comunidad internacional”, es decir, ante las Naciones Unidas, la explosión del uso de sanciones desde la caída de la Unión Soviética. “Solo las sanciones del Consejo de Seguridad son legales” y representan “una herramienta importante para responder a las amenazas en el mundo”, dijo el embajador adjunto ruso ante la ONU, Dmitry Poliansky, en un debate en el Consejo de Seguridad el 6 de febrero de 2022. En la misma línea, el embajador chino Zhang Jun dijo: “las sanciones coercitivas unilaterales [...] solo exacerban las relaciones de poder”. Los países usuarios son adictos a ellas como si fueran “una droga”, dijo, y les pidió que “renuncien a ellas de inmediato”. Tanto Moscú como Pekín invocan el principio de no injerencia en los asuntos internos (artículo 2 de la Carta de la ONU). En este punto, China es coherente al negarse a reconocer la anexión de Crimea.

Moscú y Pekín no rechazan el principio de las sanciones. Desde 1971, China limita sus relaciones comerciales con los países que re-

conocen a Taiwán. Rusia suspendió los vuelos chárter a Turquía en 2015, restableció el visado e impuso un embargo a las frutas y verduras tras el derribo de un avión ruso por el ejército turco en la frontera con Siria. Sobre todo, Rusia y China prefieren actuar de manera no oficial, en vez de recurrir sin ambages a medidas unilaterales. Por ello, como contra sanción Moscú impuso un embargo a la carne de cerdo de procedencia europea, oficialmente por los casos de peste porcina africana. Beijing sigue ese enfoque: borró a Lituania de sus registros aduaneros tras la apertura de una “oficina de representación de Taiwán” –no solo de la capital, Taipei– en Vilna. De manera más oficial, Beijing publicó una lista de 14 quejas después de que Canberra pidiera una investigación sobre el origen de la Covid-19. Entre tanto, los textiles, el vino y el carbón australianos tienen dificultades para cruzar la frontera china.

A pesar de este incipiente activismo, Rusia y China solo son responsables del 3% de los casos relacionados con sanciones (adopciones, exenciones, extensiones, decisiones judiciales) en 2020, muy lejos de Estados Unidos (el 53%) (Timofeev, 2021). Su moderación también se explica por una realidad económica: ni Pekín ni Moscú tienen el arma del dólar. La amenaza de prohibir su uso permite que Estados Unidos imponga sus regímenes de sanciones en todo el mundo, un poder exorbitante al que el dúo ruso-chino intenta resistir. Sus acuerdos comerciales bilaterales en dólares estadounidenses cayeron al 46% en 2020, frente al 90% en 2015. Veintitrés bancos rusos están conectados al sistema de mensajería financiera chino (CIPS) (frente a solo un banco chino en el SPFS ruso). Sin embargo, el CIPS es solo un sistema de respaldo con solo el 0,3% del tráfico del SWIFT y no es un competidor serio de su homólogo occidental.

En comparación con China y Rusia, Europa parece resignada a la impotencia. La Unión Europea sufrió, sin reaccionar realmente, la retirada de Estados Unidos del acuerdo nuclear con Irán en 2018. A pesar de las peticiones europeas, el SWIFT, con sede en Bruselas, se apresuró a excluir a los bancos iraníes por temor a sanciones secundarias de Estados Unidos. La Comisión Europea intentó crear un “vehículo de propósito especial” para garantizar la continuidad del comercio con Teherán. Pero su primera transacción solo se pudo realizar en marzo de 2020 y se refería a equipos médicos [...] autorizados por la ley estadounidense. En teoría, el mecanismo puede garantizar las importaciones de petróleo, pero solo en el marco de las exenciones aprobadas por Washington. En cualquier caso, ningún grupo europeo se ha ofrecido a comprarlo: las compañías de segu-

ros se niegan a garantizar la carga de las pocas navieras dispuestas a transportar esa mercancía.

CIERTO REALISMO

El reconocimiento ruso de las autoproclamadas repúblicas del Donbás, que viola la integridad y la soberanía de Ucrania, demuestra el fracaso de la política occidental de sanciones aplicada en los últimos ocho años. No obstante, desencadenaron una oleada de nuevas medidas de represalia que nunca han tenido éxito, ni siquiera cuando se han aplicado a Estados menos poderosos y menos aislados que Rusia. Por tanto, la probabilidad de que esta vez tengan éxito es insignificante.

Dos meses antes de ese reconocimiento, el exembajador francés Gérard Araud, abogando por cierto realismo, recordó que “incluso las dictaduras tienen preocupaciones geopolíticas legítimas” (tuit del 15 de diciembre de 2021). Los intentos de diálogo con Moscú han topado con un muro. ¿Han llegado demasiado tarde? Rusia nunca se ha recuperado del reconocimiento occidental de la independencia de Kosovo, y en vano se ha quejado regularmente por el desmantelamiento de los principales acuerdos de control de armas en Europa heredados de la Guerra Fría (Teurtrie, 2022). La crisis que ha desencadenado tendrá el mérito de recordarnos el peligro de descuidar demasiado las cuestiones de la seguridad colectiva.

Una política internacional que se parece cada vez más a una cadena de hechos consumados, occidentales o rusos, seguida de ultimátums a los que responden medidas de represalia, acaba de revelar su ineficacia y todos sus peligros. Un lamentable sustituto de la diplomacia, la espiral de medidas unilaterales hoy amenaza con llevar a la guerra en Europa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bloj, B. (2021). Les sanctions, instrument privilégié de la politique étrangère européenne, *Questions d'Europe*, 598, Fondation Robert-Schumann policy paper, [<https://www.robert-schuman.eu/fr/doc/questions-d-europe/qe-598-fr.pdf>].
- Broder, D. (1998). Give presidents a break on automatic sanctions, *International Herald Tribune*, Neuilly-sur-Seine, 24 de junio.
- Buxton, L. J. (2019). Où va l'opposition à Nicolás Maduro?, *Le Monde diplomatique*, marzo, [<https://www.monde-diplomatique.fr/2019/03/BUXTON/59646>].
- Consejo de la Unión Europea. (2022). Recommandations d'Amnesty International à la présidence française du Conseil de l'Union européenne, 2 de febrero.

- Consejo Europeo. (2004). Lignes directrices, Comunicación del Consejo Europeo, 7 de junio.
- Felbermayr, G. et al. (2020). The global sanctions data base, *European Economic Review*, 129, [https://doi.org/10.1016/j.euroecorev.2020.103561].
- L'Humanité*. (2021). Saint-Denis, 10 de junio.
- Peretz, P. (2007). Un tournant humanitaire de la politique étrangère américaine? Carter et l'émigration des Juifs d'Union soviétique, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 3(54), 138-158.
- Robert, A.-C. (2011). Origines et vicissitudes du "droit d'ingérence", *Le Monde diplomatique*, mayo, [https://www.monde-diplomatique.fr/2011/05/ROBERT/20488].
- Senado USA. (2012). Ley de defensa de la soberanía de Ucrania de 2022, Washington, DC, 12 de enero.
- Teurtrie, D. (2021). *Russie : Le retour de la puissance*, Malakoff : Armand Colin.
- Teurtrie, D. (2022). Ukraine, pourquoi la crise, *Le Monde diplomatique*, febrero, [https://www.monde-diplomatique.fr/2022/02/TEURTRIE/64373].
- Timofeev, I. (2021). Sanctions against Russia. A look into 2021, rapport n° 65 Russian International Affairs Council, Moscú.
- TJCE (2008). Arrêt de la Cour de justice des communautés européennes C-415/05, Yassin Abdullah Kadi, Al Barakaat International Foundation contre Conseil de l'Union européenne et Commission des Communautés européennes, 3 de septiembre.

* * *

EL GRAN ERROR DE ESTADOS UNIDOS ES CREER QUE LA OTAN DERROTARÁ A RUSIA*

Entrevista de Federico Fubini^a a Jeffrey Sachs^b

¿Cree que imponer sanciones cada vez más duras a Rusia es el curso de acción apropiado para Estados Unidos y la UE?

Necesitamos una vía diplomática junto a las sanciones. Es posible negociar la paz, con base en la independencia de Ucrania y que no pertenezca a la OTAN. El gran error de Estados Unidos es creer que

* Original, Il grande errore degli Stati Uniti è credere che la Nato sconfigurerà la Russia, publicado el 1 de mayo de 2022, [https://www.corriere.it/firme/federico.fubini]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 05-05-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: Fubini, F. y Sachs, J. (2022). El gran error de Estados Unidos es creer que la OTAN derrotará a Rusia. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s58-s65.

^a Economista, periodista y escritor, vicedirector del *Corriere della Sera*.

^b Doctorado en economía. Director del Centro para el Desarrollo Sostenible de la Universidad de Columbia.

la OTAN derrotará a Rusia: la típica arrogancia y miopía estadounidense. Incluso es difícil saber qué significa “derrotar a Rusia” pues Putin tiene miles de armas nucleares. ¿Los políticos estadounidenses desean morir? Conozco bien a mi país. Los líderes están preparados, como a veces se bromea, para “luchar hasta el último ucraniano”. Es mucho mejor hacer la paz que destruir a Ucrania en nombre de “derrotar” a Putin.

Pero Putin no quiere hacer la paz. Ha demostrado repetidamente que no le interesa negociar de buena fe y que sigue adelante con una guerra total, haciendo poca diferencia entre militares y civiles. ¿Cómo pueden funcionar las negociaciones en una situación así?

Creo que Estados Unidos es más reacio a una paz negociada que Rusia. Rusia quiere la neutralidad de Ucrania, y también el acceso a los mercados y recursos de Ucrania. Rusia enunció unos objetivos de negociación claros. Sin duda, algunos de ellos son inaceptables, pero no dejan de ser objetivos de negociación. Estados Unidos y Ucrania nunca han enunciado unos términos de negociación claros. Estados Unidos desea que Ucrania forme parte del campo de euro-estadounidense en lo, militar, lo político y lo económico. De eso se trata esta guerra. Estados Unidos nunca ha mostrado una sola señal de compromiso, ni antes de la guerra, ni desde que estalló.

¿Puede dar ejemplos?

Cuando Zelensky propuso la idea de la neutralidad, los líderes de Estados Unidos guardaron silencio. Ahora, Estados Unidos trata de convencer a los ucranianos de que pueden derrotar a Putin. Ese concepto de derrotar a Putin es una locura. ¿Qué significa derrotar a un enemigo con miles de ojivas nucleares? ¿Un deseo de muerte? Leo las noticias a diario para encontrar un solo caso de un alto funcionario estadounidense que respalde el objetivo de negociar un acuerdo. No he visto ni una sola declaración.

¿La UE y Estados Unidos deberían comprometerse con Putin para negociar la paz o simplemente deben declararlo criminal de guerra y esperar la desaparición de su régimen?

Deberían comprometerse, sin duda. Si desean juzgar a Putin por crímenes de guerra, deben añadir a George W. Bush y Richard Cheney por Irak, a Barack Obama por Siria y Libia, a Biden por confiscar las reservas de divisas de Afganistán y avivar así el hambre en ese país, y la lista sigue. No pretendo exonerar a Putin. Pretendo hacer

hincapié en la necesidad de hacer la paz, reconociendo que estamos en medio de una guerra de delegación entre dos potencias expansionistas, Rusia y los Estados Unidos. Tenga en cuenta que pocos países fuera de Estados Unidos y Europa, solo aliados de Estados Unidos como Japón y Corea del Sur, se ponen del lado de Occidente en esto. Los demás se mantienen neutrales. Ven la geopolítica de las grandes potencias en acción.

¿No cree que Rusia tiene la responsabilidad de ser el agresor no provocado? Rusia se lanzó a la guerra, por supuesto, pero en gran parte porque vio que Estados Unidos hacía incursiones irreversibles en Ucrania. En 2021, mientras Putin pedía a Estados Unidos que negociara la ampliación de la OTAN, Biden redobló la apuesta diplomática y militar con Ucrania. No solo rechazó de plano cualquier discusión sobre la ampliación de la OTAN, sino que hizo que la OTAN se comprometiera de nuevo con la ampliación en la Cumbre de la OTAN de 2021, y dos veces firmó acuerdos de alto nivel de Estados Unidos con Ucrania para comprometerse con el proceso. Estados Unidos también continuó los envíos de armas a gran escala y los ejercicios militares. Es interesante ver las volteretas que dan Estados Unidos y Australia en torno a un pacto de seguridad entre China y las pequeñas Islas Salomón, a 3.000 kilómetros de Australia. Occidente considera que este nuevo acuerdo es una grave amenaza a la seguridad. ¿Cómo se siente entonces Rusia con la ampliación de la OTAN a Ucrania? Por supuesto, todo esto cuenta en la loca política electoral. ¡El Partido Laborista de oposición en Australia hace poco calificó el pacto de las Islas Salomón como el “peor fracaso de la política exterior australiana en el Pacífico” en 80 años! En términos prácticos, para salvar a Ucrania necesitamos poner fin a la guerra, y para ponerle fin, necesitamos un compromiso, en el que Rusia se vaya a casa y la OTAN no se amplíe. En realidad, no es tan difícil, pero Estados Unidos no aborda la idea, porque está en contra. Desea que Ucrania luche para proteger las prerrogativas de la OTAN. Qué desastre ya, y hay riesgos mucho mayores por delante hasta que haya un acuerdo razonable y racional.

No me convence el argumento de la ampliación de la OTAN. Ucrania ni siquiera tiene un Plan de Acción para la adhesión (una hoja de ruta). Y el canciller De Alemania, Olaf Scholz, declaró en Moscú, delante de Putin, que Ucrania no ingresaría a la OTAN “mientras estemos en el cargo” (es decir, al menos hasta 2036). No es realmente una razón para invadir ahora, ¿verdad?

En realidad, la idea de que “Ucrania no se unirá” parece una artimaña de Estados Unidos. De hecho, Estados Unidos hacía grandes esfuerzos en la interoperabilidad militar de Ucrania con la OTAN para que la ampliación de la OTAN fuera un hecho consumado. Como dijo recientemente Lavrov en una entrevista: el Ministerio de Defensa de Ucrania estaba repleto de asesores de la OTAN. La idea de que no sucedería es en realidad más relaciones públicas que verdad. Fue el camino elegido por Estados Unidos, como ejemplifica cada política real. ¡Lo clave es que Estados Unidos se niega a discutir el tema! Esa es la pista.

¿Las sanciones deberían ser de duración indefinida o deberían estar vinculadas a resultados tangibles, con la posibilidad de levantar algunas restricciones si, por ejemplo, Rusia acepta un alto el fuego o se retira de Ucrania?
Las sanciones deben levantarse como parte de un acuerdo de paz. La guerra en Ucrania es terrible, cruel e ilegal, pero no es la primera guerra de este tipo. Estados Unidos también ha estado involucrado en innumerables aventuras imprudentes: Vietnam, Laos, Camboya, Afganistán, Irán (golpe y dictadura de 1953), Chile, Irak, Siria, Libia, Yemen, solo por nombrar algunas, ya que hay muchas más. Estados Unidos no fue desterrado permanentemente de la comunidad de naciones. Rusia tampoco debería ser desterrada permanentemente. Estados Unidos habla de aislar de modo permanente a Rusia. De nuevo, esta es la arrogancia típica de Estados Unidos.

¿Qué le parecen las sanciones al petróleo y el gas que se discuten en la UE para quebrar financieramente la maquinaria militar de Putin?
La UE debería actuar de manera mucho más agresiva para impulsar un acuerdo de paz. Un embargo total de petróleo y gas probablemente llevaría a Europa a una contracción económica. No lo recomiendo. No cambiaría decisivamente el resultado de la guerra y el acuerdo de paz, pero perjudicaría gravemente a la UE.

¿Le preocupa también que los problemas del costo de vida puedan alimentar el populismo en Occidente cuando los votantes culpen a las sanciones por la inflación y no a la guerra de Putin?
Sí, la guerra y el régimen de sanciones ya causan dificultades políticas en muchos países, y un fuerte aumento del hambre en los países más pobres, especialmente en África, que dependen en gran medida de cereales importados. Biden también pagará un precio político en las elecciones de noviembre por la inflación. Tenga en cuenta que estos

choques de oferta ocurren después de un largo periodo de expansión monetaria, por lo que hay un amplio margen para la inflación. Estamos en un periodo macroeconómico difícil.

¿Hasta qué punto los fracasos de las reformas de la era Yeltsin son culpables de allanar el camino a la dictadura agresiva de Putin? ¿Es un fracaso similar al descrito por Keynes en 1919 sobre Alemania?

Fui asesor económico de Gorbachov en 1991 y de Yeltsin en 1992-1993. En esa función, mi objetivo principal era ayudar a la Unión Soviética, y luego a Rusia, como país independiente después de diciembre de 1991, a poner fin a una intensa crisis financiera para estabilizar la sociedad y mejorar las posibilidades de paz y reforma a largo plazo. Recordemos que la economía soviética se desplomó y entró en una intensa espiral descendente a fines de los años ochenta. En esos años, me referí a menudo al notable libro de John Maynard Keynes de 1919, *Las consecuencias económicas de la paz*. Quizá el libro más importante para mi carrera profesional, ya que en mi opinión planteó un punto esencial: para poner fin a una crisis financiera intensa y desestabilizadora en un país, el resto del mundo debe arrimar el hombro, antes de que la situación se salga de las manos. Eso fue lo que ocurrió después de la Primera Guerra Mundial. En vez de imponer duros pagos de reparaciones al pueblo alemán, Europa y Estados Unidos deberían haber cooperado para la recuperación de toda Europa, lo que habría ayudado a evitar el ascenso del nazismo.

¿Quiere decir que la forma en que Occidente manejó a Rusia a comienzos de los noventa ayudó a convertirla en una especie de República de Weimar 2.0?

Cuando defendí la ayuda financiera internacional a Polonia en 1989, incluidos los préstamos de emergencia, un fondo de estabilización monetaria y el alivio de la deuda, mis argumentos fueron aceptados por la Casa Blanca y los países europeos. Cuando expuse esos mismos argumentos en el caso de la Unión Soviética, bajo Gorbachov en 1991, y de Rusia bajo Yeltsin en 1992-1993, la Casa Blanca los rechazó. El problema era la geopolítica. Estados Unidos veía a Polonia como un aliado, mientras que, erróneamente, consideraba a la Unión Soviética y a la nueva Rusia independiente como un enemigo. Ese fue un gran error. Si tratas mal o humillas a otro país, crearás una realidad autocumplida. Ese país se convertirá en un enemigo. Dicho todo esto, no existe un determinismo simple en la historia, y menos durante un largo periodo de 30 años. El duro Tratado de Versalles de 1919 no garantizó por sí solo el ascenso de Hitler en

1933. De hecho, Hitler y los de su calaña nunca habrían llegado al poder de no ser por la Gran Depresión de 1929, e incluso entonces, de no ser por los terribles errores de cálculo de Hindenburg y von Papen en enero de 1933. Del mismo modo, los errores financieros de Estados Unidos y Europa con respecto a Gorbachov y Yeltsin no dictaron los acontecimientos treinta años después. Incluso sugerirlo es absurdo. Pero la dura situación financiera en la Unión Soviética y Rusia a principios de los noventa dejó un mal sabor en la boca. Contribuyó a la caída de los reformistas, al aumento de la corrupción y, en últimas, al ascenso de Putin al poder. Incluso entonces, la situación podría haberse salvado fácilmente. Putin podría haber cooperado con Europa. Un gran problema fue la arrogancia de Estados Unidos, que impulsó la ampliación de la OTAN hacia el este después de prometer en 1990 no ampliarla hacia el este, y después la idea absolutamente peligrosa y provocadora de George W. Bush Jr. de prometer que la OTAN se ampliaría a Georgia y Ucrania. Esa promesa, hecha en 2008, empeoró drásticamente las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. El apoyo de Estados Unidos al derrocamiento del presidente prorruso de Ucrania, Viktor Yanukóvich, en 2014 y el posterior armamento de Ucrania a gran escala por Estados Unidos las empeoraron aún más.

Usted participó en el asesoramiento al gobierno ruso en 1992-1993, a través de su rol en el Instituto de Desarrollo Internacional de Harvard. En los años noventa, la explosiva liberalización del mercado se impuso a la creación de instituciones y la reforma democrática. ¿Cree que eso fue un error?

Esas quejas son charlas académicas, no del mundo real. Mi experiencia en 1990-1992 fue ayudar a Polonia, Estonia, Eslovenia y otros países a evitar una catástrofe financiera, y ese era mi objetivo era también ayudar a la Unión Soviética y Rusia. Recomendé medidas que demostraron su éxito en muchos países: estabilización de la moneda, suspensión de la deuda, alivio de la deuda a más largo plazo, financiación de emergencia, medidas de apoyo social de emergencia. Estados Unidos aceptó esos argumentos para algunos países, como Polonia, pero los rechazó todos en los casos de Gorbachov y Yeltsin. En la Casa Blanca dominaban la política y la geopolítica, no la buena economía. Por supuesto, la creación de instituciones y las reformas democráticas llevarían años, incluso décadas. Después de todo, Rusia nunca tuvo una verdadera democracia en mil años. La sociedad civil fue destruida por Stalin. Pero mientras tanto, había una intensa crisis

financiera. Las personas necesitaban comer, vivir, sobrevivir, tener cobijo y atención médica, mientras se introducían gradualmente los cambios a largo plazo. Por ello, durante muchos años recomendé un apoyo financiero a gran escala para Rusia. Por ello me referí repetidamente a las lecciones de Keynes.

En retrospectiva, ¿el enfoque de las reformas debería haber sido más democrático y gradual, y menos centrado en la “terapia de choque”?

Una vez más, mi rol era abordar la crisis financiera. Sabía muy bien —por Polonia, Checoslovaquia y otros lugares— que muchas reformas llevarían mucho tiempo. Mi objetivo era evitar una hiperinflación y un colapso financiero. Nunca defendí una privatización rápida, por ejemplo. Sabía que dichas políticas requieren años, incluso décadas para completarse.

Es cierto que Polonia y otros países de Europa central y oriental tuvieron mucho más éxito aplicando el mismo guion que Rusia. Pero Polonia recibió ayuda de Estados Unidos para la estabilización monetaria y para la creación de instituciones y la reforma legislativa de la UE, ¿no es cierto?

¡Por supuesto, esa es la cuestión! ¡La capacidad para hacer reformas depende del contexto internacional! Todo iba a ser mucho más difícil en Rusia que en Europa Central y Oriental por innumerables razones: de historia, política, geografía económica, costos de transporte, existencia de sociedad civil y geopolítica. La disolución de la Unión Soviética, igual que la disolución de Yugoslavia, también complicó drásticamente la situación y aumentó la inestabilidad y la contracción económica. Sin embargo, por todas esas razones, Occidente debería haber estado mucho más preparado para ayudar financieramente a Rusia, en vez de declarar la “victoria” e ignorar esas duras condiciones.

¿El problema fue la terapia de choque como tal o la negativa de Alemania a perdonar la deuda externa de Rusia y de Estados Unidos a proporcionar ayuda como en Polonia? ¿La terapia de choque con poco apoyo financiero externo fue la mezcla equivocada?

La “terapia de choque” significó poner fin a los controles de precios a comienzos de 1992, como lo hizo Polonia en 1990. La razón fue que con el colapso de la economía dirigida, y con la enorme inestabilidad financiera y los controles de precios, todas las transacciones se realizaban esencialmente en el mercado negro. Ni siquiera los cereales llegaban a las ciudades. La cuestión es que el paso de la desregulación de precios se debería haber combinado con el apoyo financiero a gran

escala de Estados Unidos y Europa y con medidas de política social, como ocurrió en Polonia. Y eso es precisamente lo que aconsejé cada día. Pero Estados Unidos y Europa no lo hicieron. Ese fracaso de los gobiernos occidentales fue vergonzoso y terrible. Si Occidente hubiese apoyado activamente la estabilización, se habrían sentado las bases para las siguientes etapas de reforma, que habrían conducido a otras reformas, todo ello durante un largo periodo de años y décadas.

Andrei Shleifer, entonces en el Instituto de Desarrollo Internacional de Harvard, estaba a cargo de asesorar a Rusia sobre la explosión de privatizaciones. ¿Cómo interactuó con él?

Mi rol con Gorbachov y Yeltsin fue el de asesor macrofinanciero. Ase-
soré sobre cómo estabilizar una economía inestable. No era asesor en
privatización. El asesor de privatización fue Shleifer, como dijo usted.
No asesoré sobre la privatización de bonos ni sobre abusos como los
“préstamos por acciones” (un plan diseñado en 1995 que permitió a
los oligarcas financiar la reelección de Yeltsin a cambio de grandes
acciones en empresas estatales a precios de saldo). Aseoré a Gorba-
chov en 1991, y a Yeltsin en 1992 y 1993, sobre asuntos financieros.
Curiosamente, después del primer año de intentar ayudar a Rusia,
renuncié, diciendo que no podía ayudar ya que Estados Unidos no
estaba de acuerdo con lo que yo aconsejaba. Mi estancia habría sido
de un solo año, 1992. Pero entonces, se nombró un nuevo ministro
de Finanzas, Boris Fiódorov. Una persona maravillosa que murió jo-
ven. Él me pidió encarecidamente que me quedar como asesor para
ayudarlo. Acepté, a regañadientes, y me quedé un año más, y dimití
a finales de 1993. Fue un periodo corto y frustrante, porque lamenté
profundamente la negligencia e incompetencia de la Casa Blanca de
Bush en 1991-1992 y de la Casa Blanca de Clinton en 1993. Cuando
me enteré de que Shleifer estaba haciendo inversiones personales en
Rusia, lo destituí de su cargo en el Instituto de Desarrollo Internacio-
nal de Harvard. Por supuesto, nada tuve que ver con sus actividades
de inversión ni con su asesoría sobre la privatización rusa. Además,
por si hay alguna duda, no recibí ni un solo kopek por mi trabajo, ni
un solo dólar. Todo mi asesoramiento a los gobiernos desde el inicio,
hace 37 años, en Bolivia no ha tenido una remuneración más allá
de mi salario académico. No aconsejo a los gobiernos para obtener
ganancias personales.

LA GUERRA EN UCRANIA SE ESTÁ COMPLICANDO Y ESTADOS UNIDOS NO ESTÁ LISTO*

Consejo Editorial NYT^a

El jueves pasado el Senado aprobó el un paquete de ayuda de emergencia de 40.000 millones de dólares para Ucrania, pero con un pequeño grupo de republicanos aislacionistas que critica ruidosamente el gasto y una guerra que entran en una nueva y complicada fase, la continuación del apoyo bipartidista no está garantizada.

La directora de Inteligencia Nacional Avril Haines advirtió recientemente al Comité de Servicios Armados del Senado que los próximos meses pueden ser volátiles. El conflicto entre Ucrania y Rusia podría tomar “una trayectoria más impredecible y potencialmente escalonada”, dijo, con un aumento de la probabilidad de que Rusia amenace con usar armas nucleares.

Se trata de costos extraordinarios y de graves peligros; sin embargo, hay muchas preguntas que el presidente Biden aún debe responder al público estadounidense con respecto a la continua participación de Estados Unidos en este conflicto.

En marzo, este consejo editorial argumentó que el mensaje de Estados Unidos y sus aliados a ucranianos y rusos por igual debe ser: no importa cuánto tiempo tarde, Ucrania será libre. Ucrania merece apoyo contra la agresión no provocada de Rusia, y Estados Unidos debe liderar a sus aliados de la OTAN para demostrarle a Vladimir Putin que la alianza atlántica está dispuesta y es capaz de oponerse a sus ambiciones revanchistas.

Ese objetivo no puede cambiar, pero al final, a Estados Unidos todavía no le conviene lanzarse a una guerra total con Rusia, aunque una paz negociada pueda requerir que Ucrania tome algunas decisiones difíciles. Y los objetivos y la estrategia de Estados Unidos en esta guerra se han vuelto más difíciles de discernir, pues los parámetros de la misión parecen haber cambiado.

* Original publicado en *The New York Times*, 19 de mayo de 2022, [<https://www.nytimes.com/2022/05/19/opinion/america-ukraine-war-support.html>]. Traducción de Alberto Supelano. Recepción: 22-05-2022, aceptación: 21-06-2022. Sugerencia de citación: *Consejo Editorial NYT*. (2022). La guerra en Ucrania se está complicando y Estados Unidos no está listo. *Revista de Economía Institucional*, 24(47), s66-s68.

^a El consejo editorial es un grupo de periodistas de opinión cuyos puntos de vista se basan en la experiencia, la investigación, el debate y ciertos valores de larga data. Está separado de la sala de redacción.

Por ejemplo, ¿Estados Unidos, intenta ayudar a poner fin a este conflicto, mediante un acuerdo que permita una Ucrania soberana y algún tipo de relación entre Estados Unidos y Rusia? ¿O es que ahora intenta debilitar a Rusia de manera permanente? ¿El objetivo de la administración ha cambiado al de desestabilizar a Vladimir Putin o destituirlo? ¿Estados Unidos tiene la intención de responsabilizar al Sr. Putin como criminal de guerra? ¿O el objetivo es tratar de evitar una guerra más amplia; y si es así, ¿cómo se logra alardeando que se ha proporcionado inteligencia estadounidense para matar rusos y hundir uno de sus barcos?

Si no aclara estas cuestiones, la Casa Blanca no solo se arriesga perder el interés de los estadounidenses en apoyar a los ucranianos –que siguen sufriendo la pérdida de vidas y medios de subsistencia– sino que también pone en peligro la paz y la seguridad a largo plazo en el continente europeo.

Los estadounidenses se han visto impulsados por el sufrimiento de Ucrania, pero el apoyo popular a una guerra lejos de las costas estadounidenses no continuará indefinidamente. La inflación es un problema mucho más importante para los votantes estadounidenses que Ucrania, y es probable que se intensifiquen las perturbaciones en los mercados mundiales de alimentos y energía.

En este conflicto el momento actual es confuso, lo que puede explicar la reticencia del presidente Biden y de su gabinete a anunciar objetivos claros. Una razón de más, entonces, para que, mucho antes de noviembre, el Sr. Biden defienda ante los votantes estadounidenses que el apoyo a Ucrania es un respaldo a los valores democráticos y al derecho de los países a defenderse contra la agresión, mientras que la paz y la seguridad siguen siendo el resultado ideal en esta guerra.

Es tentador ver los impresionantes éxitos de Ucrania contra la agresión rusa como una señal de que, con suficiente ayuda estadounidense y europea, Ucrania está cerca de hacer retroceder a Rusia a las posiciones anteriores a la invasión. Pero es una suposición peligrosa.

Una victoria militar decisiva de Ucrania, en la que Ucrania recupere todo el territorio que Rusia se ha tomado desde 2014, no es un objetivo realista. Aunque la planificación y la lucha de Rusia han sido demasiado descuidadas, Rusia sigue siendo muy fuerte, y Putin ha invertido bastante prestigio personal en la invasión para retroceder.

Estados Unidos y la OTAN ya están profundamente involucrados, militar y económicamente. Unas expectativas poco realistas podrían arrastrarlos a una guerra costosa y prolongada. Rusia, así esté gol-

peada y sea inepta, sigue siendo capaz de infligir una destrucción incalculable a Ucrania y sigue siendo una superpotencia nuclear con un déspota agraviado y volátil que ha mostrado poca inclinación a una solución negociada. Ucrania y Rusia hoy “parecen más separadas que en cualquier otro momento de la guerra de casi tres meses”, como informó *The Times*.

Las recientes declaraciones belicosas de Washington –la afirmación del presidente Biden de que Putin “no puede seguir en el poder”, el comentario del secretario de Defensa Lloyd Austin de que se debe “debilitar” a Rusia y la promesa de la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, de que Estados Unidos apoyaría a Ucrania “hasta lograr la victoria”– pueden ser proclamas de apoyo enardecedoras, pero no acercan las negociaciones.

Al final, son los ucranianos los que deben tomar las decisiones difíciles: son los que combaten, mueren y pierden sus hogares por la agresión rusa, y son quienes deben decidir cómo podría ser el final de la guerra. Si el conflicto desemboca en verdaderas negociaciones, serán los líderes ucranianos los que tendrán que tomar las dolorosas decisiones territoriales que exija cualquier compromiso.

Estados Unidos y la OTAN han demostrado que apoyarán la lucha ucraniana con una amplia potencia de fuego y otros medios. Y sea cual sea el final de la lucha, Estados Unidos y sus aliados deben estar preparados para ayudar a Ucrania a reconstruirse.

Pero a medida que la guerra continúa, el Sr. Biden también debe dejar en claro al presidente Volodímir Zelensky y a su gente que hay un límite a lo que Estados Unidos y la OTAN llegarán para enfrentar a Rusia, y límites a las armas, el dinero y el apoyo político que pueden reunir. Es imperativo que las decisiones del gobierno ucraniano se basen en una evaluación realista de sus medios y de cuánta más destrucción puede soportar Ucrania.

Afrontar esta realidad puede ser doloroso, pero no es apaciguamiento. Esto es lo que los gobiernos están obligados a hacer, no a perseguir una ilusoria “victoria”. Rusia sentirá el dolor del aislamiento y de las debilitantes sanciones económicas durante años, y Putin pasará a la historia como un carnicero. El reto ahora es sacudirse la euforia, dejar de burlarse y centrarse en definir y completar la misión. El apoyo de Estados Unidos a Ucrania es una prueba de su lugar en el mundo en el siglo XXI, y el Sr. Biden tiene la oportunidad y la obligación de ayudar a definir lo que será.